EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA RUINA DEL HOGAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D.ª ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMP. Y LIB. DE D. F. REYES Y HERMANO,
Plaza del Cármen, 15.
1873.

Los Comisionados de las GALERÍAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS de los *Srcs. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA RUINA

DEL HOGAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D.ª ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMP. Y LIB. DE D. F. REYES Y HERMANO,

Plaza del Cármen, 15.

1873.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª Isabel, (ciega)...........	*Sra. Ramos.*
Adela......................	» *Villamil.*
María......................	» *Losada.*
Mariana...................	» *Lamaña.*
D. Fernando	*Sr. Montijano.*
Cárlos......................	» *Jáuregui.*
Miguel.	» *Valentín.*
Sr. de Lara..................	» *Galza.*
D. Pedro.	» *Castro.*
Luis.	» *García.*
Andrés......................	» *Daniel.*

La accion en Madrid, 1869.

Al Liceo de Granada.

LAS *producciones primeras de mi humilde pluma, las primeras creaciones de mi escasísima inteligencia, resonaron en ese templo del arte, donde á pesar de su total falta de mérito, fueron siempre acogidas con tal indulgencia y tanta bondad, que me sirvieron de estímulo para dar algunos pasos en la carrera de las letras. Por eso hoy, aunque abrigo la conviccion de que nada vale esta pobre obra, quiero darla algun valor haciendo de ella una prenda de gratitud, y ofreciéndola como tal al* LICEO DE GRANADA.

La Autora.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. Puerta de entrada al foro: á la derecha del actor una que corresponda al cuarto de Cárlos: á la izquierda otra que comunica con el interior de la casa: mesa con libros: otra con papeles y lapiceros.

ESCENA I.

D. FERNANDO, D.ª ISABEL, MIGUEL y ADELA.

El primero lee, sentado junto á una de las mesas, mientras la segunda, á su lado, hace calceta, sin fijar los ojos en ella. Miguel, al otro extremo, sentado tambien, figura ocuparse en algunos dibujos, en tanto que Adela borda junto á él.

MIGUEL. Muy bien; así está mejor:
de este pájaro endiablado
es todo el cuello encarnado,
y azul y blanca es la flor.
ADELA. Á ver si otra vez....
MIGUEL. No á fé,
mas culpa es tuya.
ADELA. ¡No digo!
MIGUEL. Estaba hablando contigo
y los colores cambié.
ADELA. ¡Toma! y ¿quién te manda hablar?
MIGUEL. Pües aunque me cause enojos
ahora no he de alzar los ojos
ni una vez, hasta acabar:
poco queda á este país
y por hoy, con él concluyo.
ADELA. ¡Qué feliz destino el tuyo!
MIGUEL. ¡Adela!

ADELA. Sí, muy feliz!
MIGUEL. ¿Así lo piensas?
ADELA. Pues no?
aunque trabajas sin tasa
tú puedes salir de casa,
ver el mundo, mientras yo,
¡siempre sola, siempre aquí!
esto aburre y desconsuela:
sin que nadie....
MIGUEL. Pero, Adela,
¿nadie somos para tí?
ADELA. ¿Quién dice tal?
MIGUEL. Pues no sé....
ADELA. Sin goces, sin alegría,
afanada todo el dia,
y luego al fin, ¡para que!
MIGUEL. No digas eso por Dios;
y si una respuesta quieres,
(Señalando á D.ª Isabel y á D. Fernando)
mira aquellos pobres seres,
¡son tan ancianos los dos!
por ellos sin duda, aquí
es tu afan y tu cuidado;
si la existencia te han dado
es justo que en cambio....
ADELA. Sí:
pero yo....
MIGUEL. Por esta vez
que te equivocas repara.
¡Dichoso el hijo que ampara
de sus padres la vejez!
sí, ¡dichoso y con razon
el que en su frente serena,
siente, de una madre buena,
resbalar la bendicion!
ADELA. Bien, bien: mas á mi pesar
yo me avengo con trabajo
á esta vida.
MIGUEL. Habla más bajo
que nos pueden escuchar.
(Se levanta, va á apoyarse en el respaldo de la silla de Adela y sigue hablando en voz baja).
D. FERN. Este libro dice bien,

es la esperanza flor pura
que calma nuestra amargura
y refresca nuestra sien;
es árbol de bendicion
cuya sombra apetecida,
de las penas de la vida
da reposo al corazon.

D.ª ISAB. ¡Oh! tú sin duda hablarás
de la que nos brinda el cielo,
pues hay seres que consuelo
no esperan hallar jamás.

D. FERN. Siempre la calma va en pos
del dolor y la agonía,
y quien de ello desconfía
ofende, Isabel, á Dios.

D.ª ISAB. Comprendo la rectitud
de sus juicios, sé acatarlos;
mas ¡cuándo obtendrá mi Cárlos
la apetecida salud!

D. FERN. ¿Dudas de ello?

D.ª ISAB. ¡No lo sé!
Lo deseo de tal modo,
que pienso, á pesar de todo,
que no lo conseguiré.
Tiemblo por él, y sin calma
sufro, si sufrir le miro,
y un ¡ay! tan solo, un suspiro
que exhale, me parte el alma.
Y luego, ¡ese eterno afan
á que se halla consagrado!
¡ante un bufete sentado
horas vienen y horas van!
Cada vez que en mi afliccion
contemplo su anhelo ardiente,
queda una arruga en mi frente
y un sello en mi corazon;
que adoro á mis hijos tanto,
y es tal el cariño mio,
que gozo, y por ellos rio,
que lloro, y suyo es mi llanto.

D. FERN. Tambien tus penas comprendo,
tambien....

D.ª ISAB. ¡Pero no cual yo!

D. FERN. Pues qué, ¿no es lo mismo?
D.ª ISAB. No,
que á tu aserto respondiendo
te diré, aunque no te cuadre,
mi ternura comparando,
que si eres padre, Fernando,
yo soy mucho más, ¡soy madre!
y es el maternal amor
tan grande, tan sin segundo,
que no hay otro en este mundo
ni más puro, ni mayor.
Dios mismo, fuente de luz,
de mil diferentes modos
le engrandeció sobre todos
al pié de la santa cruz;
pues cuando á probar bajó
nuestra existencia angustiosa,
no buscó padre, ni esposa,
solo una madre buscó.
MIGUEL. (Á Adela.) No.
ADELA. Sí.
MIGUEL. ¡Pero hay tal porfía!
razon en ello no tienes.
ADELA. Y tú una opinion sostienes
que....
D.ª ISAB. ¿Reñis?
ADELA. No, madre mia,
pero es que siempre Miguel
se complace en enfadarme.
MIGUEL. Como que intenta probarme
que....
D.ª ISAB. (Con dulzura) ¡Vamos!
ADELA. La culpa es de él.
MIGUEL. No: y....
D. FERN. Á comprender no llego....
MIGUEL. Lo diré punto por punto,
y ustedes en este asunto
serán jueces....
ADELA. No; te ruego....
D. FERN. En suma?...
MIGUEL. Decia Adela
que el bien más dulce y cumplido
consiste....

D. FERN. En qué?
MIGUEL. En un vestido
ó algunas varas de tela;
que no halla la dicha en torno,
ni á ser feliz se acomoda,
quien no está de última moda
en trajes, diges y adorno.
D. FERN. ¿Eso piensas?
D.ª ISAB. ¡Qué locura!
MIGUEL. Yo, del alma con la ciencia,
sostuve, que en la apariencia
no se cifra la ventura.
D. FERN. Pero ¿es posible?
ADELA. Yo dije....
(Aparte á Miguel.) (por tí me riñen, y luego...)
D. FERN. Calla, calla; te lo ruego,
porque el oirte me aflige.
D.ª ISAB. Pero hija....
D. FERN. Y á la verdad
que tu afan me maravilla.
ADELA. Pues es cosa muy sencilla:
yo, padre mio, á mi edad,
no....
D. FERN. Si antes que aficionadas
al fausto y al brillo fueran,
las jóvenes aprendieran
á ser modestas y honradas;
si en vez de marchar cual van
arrastrando á cada paso,
convertido en seda y raso
de sus padres el afan,
con rectas ideas fijas
hácia el bien se encaminaran,
y así tan solo estudiaran
á ser siempre humildes hijas;
y si al sentir el amor
de esposas, sin torpe dolo
llevaran por gala solo
la modestia y el candor;
tuvieran en sus hogares
horas de paz más serenas,
sabiendo ser madres buenas
y mujeres ejemplares:

habiendo doquier quizás
con seres, al lujo ajenos,
algunas lágrimas menos,
algunas virtudes más.

MIGUEL. ¡Qué severidad!

ADELA. ¿Lo ves?
por tu culpa.

MIGUEL. No quisiera....

D. FERN. No, no es mi opinion severa,
recta y justa solo es,
pues al expresarla, yo
no juzgo en manera alguna
á aquellas á quien fortuna
y riqueza el cielo dió.
Vista la dama cual dama,
mas la que es pobre, no quiera
salir jamás de su esfera
en desdoro de su fama,
que es la mujer una flor
de cándida y pura esencia,
que perfuma la existencia
con su virtud y su amor:
y allá de la sociedad
entre la borrasca inquieta,
solo á la humilde violeta
respeta la tempestad.

ADELA. ¡Padre!

D.ª ISAB. (á D. Fernando) Desde hoy más, sumisa....

ADELA. (aparte á Miguel) En que me riñan te afanas;
lo menos en dos semanas
no has de verme la sonrisa.

D. FERN. No hablemos de esto. Miguel,
¿el periódico trajiste?

MIGUEL. Sí señor.

D. FERN. Y no leiste
ninguna noticia en él?

MIGUEL. No miré....

D. FERN. Por él espero,
como tú anhelas tambien,
llegar á saber á quién
pertenece ese dinero
que te hallaste el otro dia.

MIGUEL. Tres billetes de mil reales.

Ya van dos meses cabales
sin encontrar.... y á fé mia
que á todos he preguntado,
pues tengo en verdad empeño
en volverlos á su dueño
y salir de ese cuidado.

D.ª ISAB. ¡Oh! ya lo creo: hijo mio,
una pérdida pudiera....

MIGUEL. No, madre, que en mi cartera
los llevo siempre, y confio...

D. FERN. Á ver....
(Toma un periòdico y busca la plana de anuncios.)

D.ª ISAB. (á Miguel) ¡Fuera tan sensible!

D. FERN. (Leyendo.) «Dan cien duros al contado
al que quiera ser soldado
en reemplazo de...»

D.ª ISAB. ¡Es posible!
pero ¿habrá quien vender quiera
vida y libertad así?

MIGUEL. Hay tanto infeliz, que....

D. FERN. Sí,
y al par tanto calavera!

MIGUEL. ¡Quién sabe!

D. PERN. Continuemos:
aquí.... «se vende en muy poco»
no es esto: «se da....» tampoco.
Vaya, otro dia veremos,
(Deja el periódico sobre la mesa y á vista del público.)
que va siendo tarde ya.

D.ª ISAB. Tarde y Cárlos no ha venido.
¡Oh! ¡si le habrá sucedido
alguna cosa!

MIGUEL. Será
que algun trabajo impensado
le detiene todavía
y por eso....

ADELA. Madre mia,
no, no pase usted cuidado.

D.ª ISAB. Como su salud....

ADELA. ¡Hay tal!
si por fortuna no escasa
aquí, en nuestra misma casa
habita su principal,

¿piensa usted que en el momento
y por un medio cualquiera
no podria...?

D.ª ISAB. En la escalera
ruido de pisadas siento;
¡llaman! él será: vé á abrir.

ADELA. ¡Vaya! ¡cese esa agonía!
(Se dirige al foro y desaparece un instante).

D.ª ISAB. Anda pronto, Adela mia,
¡le cansa tanto el subir!

D. FERN. ¡Y un cuarto piso! ¡aquí está!

ESCENA II.

Dichos; CÁRLOS.

MIGUEL. (Aparte á Adela, adelantándose á su encuentro cuando ésta vuelve á la escena.) ¿Enojada?

ADELA. (Aparte y rápidamente.) Sí lo estoy.

D. FERN. (Mirando con pena á Cárlos.)
(¡Qué pálido viene hoy!)

D.ª ISAB. Hijo, Cárlos, ven acá:
(Con afan.) ven y siéntate á mi lado.

CÁRLOS. (Deja el sombrero en una silla y se dirige á D.ª Isabel.)
Buenas tardes, madre mia.

D.ª ISAB. Aquí: cualquiera diria....

CÁRLOS. ¿Qué?

D.ª ISAB. Que vienes fatigado.

CÁRLOS. No, madre.

D.ª ISAB. (¡Y verle no puedo!)

CÁRLOS. Estoy bueno enteramente.

D.ª ISAB. Lo sé.... sí; tranquila quedo;
pero.... tu mano.... tu frente....

CÁRLOS. Inquieta no esté por Dios:
deje su afan satisfecho
saber....

D.ª ISAB. ¿Te ha dolido el pecho?
¿has tenido mucha tos?

CÁRLOS. ¡Ninguna! Tiempo hace ya
que de un todo ha concluido.

D.ª ISAB. (Despues de tocar sus manos con afan fingiendo acariciarle.) (¡Tiene fiebre!)

CÁRLOS. Y....

D.ª ISAB. (Aparte.) ¡Ha mentido!
CÁRLOS. (Conteniendo con mucha dificultad la tos.) (Aparte.) ¡Dios mio! no puedo.....
D.ª ISAB. ¡Ah!
CÁRLOS. Esté usted madre, serena,
y usted tambien, padre mio;
en lo porvenir confio
porque mi salud es buena;
además, hoy al doctor
consulté, sin ir más lejos.
D.ª ISAB. ¡Tú!
CÁRLOS. Le pedí sus consejos,
y dice que estoy mejor.
Y en último caso, halla
un medio.
D. FERN. ¡Un medio! y ¿cuál es?
CÁRLOS. Dice que siquiera un mes
fuera de Madrid me vaya,
y que así responderia...
D.ª ISAB. Y ¿qué haremos?
CÁRLOS. Nada ahora.
D.ª ISAB. ¿Y si tu mal se empeora?
CÁRLOS. Dios no querrá, madre mia.
D.ª ISAB. Mas ¿por qué has tardado, dí?
no sabes, hijo del alma,
que sin sosiego y sin calma
estoy, ausente de tí.
CÁRLOS. Perdone usted, fué que allá,
madre, con Luis me distraje,
de su próximo viaje
hablando.
D. FERN. Pues qué, ¿se va?
CÁRLOS. Mañana.
D.ª ISAB. Y ¿va muy distante?
CÁRLOS. Á América debe ir.
ADELA. ¿De veras?
CÁRLOS. En este instante
se acaba de decidir:
ha sido un hecho casual
su marcha.
D.ª ISAB. ¿Sí?
CÁRLOS. Esta mañana
don Pedro Villamediana

fué á ver á mi principal:
son amigos: le contó
que ha perdido allí un hermano
que á través del Occeano
fortuna y suerte buscó;
al terminar su existencia
dueño de un caudal sin cuento,
volvió á España el pensamiento
y legó toda su herencia
á don Pedro, que á pesar
de ser esta tan crecida,
á los azares del mar
no quiere exponer su vida;
y prefiere nombrar una
persona, que yendo allá
podrá realizar quizá
esa cuantiosa fortuna.

D.ª ISAB. ¡Oh! soy de su parecer.

D. FERN. Pues muchos anhelarian....

D.ª ISAB. Las vidas que le confian
suele el mar no devolver.

CÁRLOS. Por eso Luis va mañana....

ADELA. (Bajo á D. Fernando.) Al almacen de bordados
debemos ir; no han pagado
todavía esta semana
y hoy....

D. FERN. (Idem á Adela.) Bien, sí; vamos presto.

ADELA. Que mi madre no....

D. FERN. Hija mia,
saberlo la afligiria:
buscaremos un pretexto.

ADELA. Por eso nunca la digo ...

D. FERN. (Alto.) Adela, voy á salir:
mi sombrero: si venir
tú quieres tambien conmigo....

D.ª ISAB. ¿Dónde vas?

D. FERN. Cerca de aquí:
anhelo ver á mi hermano,
pero solo.... aunqne es temprano
no quisiera...., (Á Adela) ¿vamos?

ADELA. (Colocando un velo en su cabeza.) Sí.

D.ª ISAB. Haces bien: si alguna cosa
te ocurriese....

ADELA. Ya estoy.
MIGUEL. ¡Oh!
¿te acompaño, Adela?
ADELA. (Saliendo con su padre.) No:
ni lo pienses.
MIGUEL. ¡Rencorosa!

ESCENA III.

D.ª ISABEL, MIGUEL, CÁRLOS.

CÁRLOS. (Aparte.) No puedo más, ¡qué fatiga!
¡cuán triste es vivir fingiendo!
(Déjase caer sobre una silla, y toma maquinalmente el libro que leia D. Fernando.)
D.ª ISAB. Miguel.
MIGUEL. ¿Qué, madre?
D.ª ISAB. ¿Y tu hermano?
MIGUEL. Allí sentado, leyendo
en el libro que mi padre
tenia hace poco abierto:
si quiere usted que le llame?
D.ª ISAB. ¿Podrá oirnos?
MIGUEL. No lo creo.
D.ª ISAB. Es que.... quisiera decirte
una cosa.... y, no me atrevo.
MIGUEL. ¡Es posible!
D.ª ISAB. Como ignoro
qué tal estais de dinero!
MIGUEL. Pues qué, usted supone?...
D.ª ISAB. Sí:
penas trasluzco en tu acento,
contínuos apuros, hijo,
¡ay! que yo sé aunque no veo.
MIGUEL. Madre....
D.ª ISAB. Á pesar de estar ciega
ojos en el alma tengo,
y á través de tus afanes,
nuestra situacion comprendo.
MIGUEL. Vamos, no se cuide usted...
D.ª ISAB. Ya sé, Miguel, que eres bueno,
y entre tú y mi pobre Adela
me ocultais,...

MIGUEL. No hablemos de eso.
D.ª ISAB. Bien: mas hoy, aunque te enfades
quisiera....
MIGUEL. (Con cariño.) Vaya, acabemos.
D.ª ISAB. Saber si comprar pudiste
para Cárlos....
MIGUEL. Mas ¿qué es ello?
D.ª ISAB. Mira, es.... es esa bebida
que mandó el doctor Robledo.
MIGUEL. (Aparte.) ¡Por vida! y ¿qué digo?
D.ª ISAB. ¡Callas!
No habrá....
MIGUEL. Sí, sí; allí la tengo,
y yo cuidaré....
D.ª ISAB. ¿De veras?
¡Oh! ¡cuánto te lo agradezco!
MIGUEL. (Aparte.) Si saber pudiera....
D.ª ISAB. El alma
me angustiaba el pensamiento
de que le faltase todo.
MIGUEL. Cnando digo....
D.ª ISAB. Sí; te creo,
y ya estoy tranquila: ahora
voy á mi cuarto un momento.
MIGUEL. ¿La acompaño á usted?
D.ª ISAB. No, no:
dejarte con él deseo.

ESCENA IV.

MIGUEL, CÁRLOS.

MIGUEL. ¡Pobre madre! la he mentido,
y Cárlos... cuando lo pienso
seria capaz de hacer
un disparate: ¡y sin medios
de aliviarles! si pudiera
en las horas de mi sueño
trabajar más, de este modo
lograra acaso.... ¡ah!
(Va á sentarse á la mesa de su trabajo y al tomar algunos papeles deja caer la caja de colores.
CÁRLOS. (Vuelve la cabeza.) ¿Qué es eso?

MIGUEL. Nada; que cayó la caja
de los colores al suelo,
y, mira, al ir á cogerla
manché sin querer un pliego.

CÁRLOS. ¡Pobre Miguel! afanado
siempre.

MIGUEL. Pues ¿y tú? yo creo
que ninguno de los dos
atrás se queda.

CÁRLOS. Sí; pero
yo es diferente.

MIGUEL. ¿Por qué?

CÁRLOS. Yo cumplo un deber en ello,
mientras....

MIGUEL. Sigue.

CÁRLOS. Tú obedeces
solo á un noble sentimiento.

MIGUEL. Mi obligacion es más grande,
ó á la tuya igual al menos,
que la gratitud la impone:
¿por ventura, olvidar puedo
que huérfano y desvalido
tus padres me recogieron,
y solo me hallara hoy
á no haber sido por ellos?
¿que mi niñez ampararon,
que siempre...?

CÁRLOS. ¿Á qué ese recuerdo?
olvida....

MIGUEL. No, que presente
á todas horas le tengo.
Pan y cariño y familia
encontré bajo este techo,
y vosotros dos, de hermanos
me ofrecísteis el afecto;
y pues vuestro amor me dísteis,
el mio y mi vida os debo,
que al fin las deudas del alma
no se pagan con dinero.

CÁRLOS. Tu padre y el padre mio,
Miguel, hermanos nacieron:
un deber era el amarte
y era tuyo el hogar nuestro.

Además, si algo valiera
lo que por tí ayer hicieron,
sin duda que tú mañana
les darás más dulce premio.

MIGUEL. Cárlos....

CÁRLOS. Sé que amas á Adela:
sé que del niño el afecto
al primer amor del jóven
cedió en el alma su puesto.
Sé que las últimas risas
y los inocentes juegos,
de la pasion se trocaron
en los suspiros primeros.
Sé que ayer la acariciabas,
que hoy la miras con respeto;
que si antes la dabas flores
para adornar sus cabellos,
ahora, las que arroja mústias
guardas temblando en tu seno;
y sé que la harás dichosa,
porque eres noble y sincero,
cuando de amor la cadena
se convierta en lazo eterno.

MIGUEL. Sí: tienes razon: en ella
se cifran mis pensamientos,
y su amor es mi esperanza,
y verla feliz mi sueño.
No sé cuándo empecé á amarla
ni de este afan cuento el tiempo,
solo sé que mi ternura
creció al par que yo en mi pecho,
y que por una palabra,
por uno de sus deseos,
diera mi sangre y mi vida
¡y la daria contento!

CÁRLOS. ¡Cuán feliz eres!

MIGUEL. ¿Y tú?

CÁRLOS. Hermano, yo nada espero.

MIGUEL. ¡Quién sabe!

CÁRLOS. Ante un imposible
el esperar fuera un sueño.

MIGUEL. Olvida á María entonces.

CÁRLOS. Olvidarla, no, no puedo:

y ¿cómo, si á todas horas
delante de mí la tengo,
con su sonrisa de ángel,
con su semblante hechicero?

MIGUEL. ¿Sabrá tu amor?

CÁRLOS. ¡Imposible!
Cuando á mi lado la tengo,
del corazon agitado
domino el latido inquieto:
si á mirarla van mis ojos,
les digo: «apagad el fuego;»
y si el alma envia al labio
un ¡ay! de este amor inmenso,
al labio le digo «calla»,
y al alma «sufre en silencio».
Ya ves....

MIGUEL. Mas ¿y esa bondad
con que te trata? yo creo....

CÁRLOS. Es, Miguel, que aunque me amara,
su amor aceptar no puedo.

MIGUEL. ¡Cómo!

CÁRLOS. Una valla de oro
entre los dos puso el cielo,
ella es rica, pobre soy,
ya ves que es vano ese empeño,
y que este amor que me mata
tendrá su tumba en mi pecho.

MIGUEL. Y no hay modo de.... ¡mal haya!
si no la vieras al menos....
si ese viaje....

CÁRLOS. No pienses....

MIGUEL. ¡Mas sufrir y estando enfermo!

CÁRLOS. Muere el pájaro al mirarse
por entrambas alas preso,
y muere el pobre en los lazos
de su infortunio sujeto.

MIGUEL. Pero ¿y si tu mal se agrava?

CÁRLOS. Habré llegado hasta el término
sin vacilar un instante
y con mi deber cumpliendo;
entre tanto....

MIGUEL. Qué, ¿te vas?

CÁRLOS. Sí, si mi madre....

MIGUEL. ¡Ah! recuerdo
que me dió un encargo ha poco
para tí, con un empeño!

CÁRLOS. Y ¿cuál era?

MIGUEL. Que te diese
una medicina, pero....
el caso es que.... no se trajo.

CÁRLOS. No pases pena por eso,
ya sabes que yo....

MIGUEL. Es que si ella
te preguntase....

CÁRLOS. Comprendo:
diré que no la he querido
y así....

MIGUEL. Cárlos, no hagas eso;
si quieres verla contenta
dí que la tomaste.

CÁRLOS. Bueno.

MIGUEL. Y así de la pobre anciana
no vendrá á turbar el sueño
saber que pasas la noche
sin sosegar y tosiendo.

ADELA. (Dentro.) Pase usted.

CARLOS. ¡Una visita!

MIGUEL. Viene con Adela: adentro
vámonos pronto; no estoy
con humor de cumplimientos.

ESCENA V.

DOÑA MARIANA, ADELA Y MARÍA, esta última vestida con elegancia, pero con sencillez.

ADELA. Por aquí, pasen ustedes.

D.ª MAR. Gracias.

ADELA. Señora....

MARÍA. Es mi aya
que hasta llegar hasta aquí
quise que me acompañara,
á pesar de que vivimos
las dos en la misma casa.

D.ª MAR. Sin embargo....

MARÍA. Hemos salido

á compras, mas deseaba
hablar con usted, porque....

ADELA. Tanto honor....

MARÍA. Mira, Mariana,
déjame aquí con Adela,
y vé tú sola....

D.ª MAR. Que vaya?

MARÍA. Sí, yo aquí te esperaré,
ó si no....

ADELA. Si deseara
usted acaso marcharse,
yo misma....

D.ª MAR. Está bien.

MARÍA. Si, anda,
y hasta luego.

D.ª MAR. Como quieras.

ADELA Ya sabe que esta es su casa.

ESCENA VI.

ADELA. MARÍA.

ADELA. Ahora las gracias le doy
por su bondad, ¡tal fortuna!

MARÍA. Perdone usted si importuna
es mi visita de hoy.

ADELA. ¡Oh! no tal: por qué razon?
aquí....

MARÍA. (Aparte.) No sé que decirla.

ADELA. (Aparte.) ¡Qué vergüenza, recibirla
en tan pobre habitacion!

MARÍA. Oir se me figuró
que la escalera subia
y....

ADELA. Con mi padre venia:
mas él abajo quedó
hablando, no sé con quién;
pero hubieron de anunciarle
algo que ha de interesarle
mucho, y á Miguel tambien,
pues con afan le nombró,
y sin querer darme oido
con aquel desconocido

al instante se marchó:
por eso....

MARÍA. Yo la ocasion
de subir aproveché
viéndola entonces, porque....
(Aparte.) me vende mi turbacion.

ADELA. (Aparte.) ¡Qué elegante!

MARÍA. La queria
rogar....

ADELA. Señorita, ¡á mí!

MARÍA. No me llame usted así,
dígame solo, María.

ADELA. No me atrevo, á la verdad;
usted tan rica, y tan corta
nuestra fortuna!

MARÍA. Qué importa,
si una misma es nuestra edad.

ADELA. Pero....

MARÍA. Y si alguna ventaja
entre nosotras hubiera,
de parte suya estuviera

ADELA. ¡Yo!

MARÍA. Por sus padres trabaja
dia y noche con ardor:
por ellos siempre velando
aquí les está pagando
sus cuidados y su amor:
yo, Adela, al mio, jamás
tuve que prestarle ayuda:
de esta manera, sin duda
usted vale mucho más;
pero yo tal vez así
la estoy deteniendo ahora,
cuando acaso....

ADELA. No señora.

MARÍA. (Vacilando.) ¿Estaba usted sola?

ADELA. Sí;
pues aunque aquí la dejé,
sin duda adentro se ha ido
mi madre.

MARÍA. (Aparte.) ¡Si habrá salido!
(á Adela.) ¿y. .. sus hermanos?

ADELA. No sé.

Tal vez durante mi ausencia,
de mí marcharon en pos.

MARÍA. Sí..., como pasan los dos
tan monótona existencia,
no.... no es extraño que así
anhelen siempre.... esto pasa....
todos fuera de la casa
tienen distracciones.... y....
amores quizá.

ADELA. Miguel
jamás sale á no ir conmigo.

MARÍA. No: por Miguel no lo digo:
pero acaso Cárlos....

ADELA. ¡Él!
menos que el otro.

MARÍA. (Con alegría.) ¡Qué escucho!

ADELA. Nunca podemos hacerle
que salga, ni distraerle,
ni....

MARÍA. Pues, ¿está triste?

ADELA. ¡Mucho!

MARÍA. ¡Dios mio! y, ¿por qué?

ADELA. (Aparte.) ¡Qué apuro!

MARÍA. Esa tristeza ignorada....

ADELA. Èl jamás nos dice nada,
pero yo me lo figuro.

MARÍA. ¿Con que usted, aunque él lo calla,
lo adivina?

ADELA. Sí.

MARÍA. Y ¿qué és?

ADELA. Dice el médico que un mes
siquiera, al campo se vaya,
y como eso es imposihle,
su salud no se mejora.

MARÍA. ¿Está enfermo?

ADELA. Sí señora.

MARÍA. Pues que parta.

ADELA. No es posible.

MARÍA. Pero si eso le complace,
¿por qué no puede marchar?

ADELA. Porque... por... (Aparte.) ¡Oh! ¡qué apurar!
y ¡cuántas preguntas hace!

MARÍA. No me quiere usted decir?...

ADELA. Sí. (Aparte.) No sé qué contestarla.
(á María.) Pues... yo aquí charla que charla,
olvidaba el advertir
á mi madre que...

MARÍA. Sintiera....

ADELA. No! la traeré: con permiso.
(Aparte.) ¡Jesus! de este compromiso
que ella salga como quiera.

ESCENA VII.

MARÍA.

No me pude dominar:
sin alegría y sin calma
este secreto del alma
se me escapa á mi pesar.
¡Si supiera que aquí estoy
y que por él he venido!
¡estaba tan abatido,
y tan triste estaba hoy!
¡Pobre Cárlos! mi pasion
sus pesares me revela;
lo que me ha callado Adela
me lo dice el corazon.
Quizá haciéndole pedazos
mi amor en su pecho crece:
tal vez ¡ay! tâl vez perece
de la miseria en los brazos,
y aunque le quiero salvar,
y aunque sufro, en mi decoro,
ni puedo ofrecerle oro
ni amor le debo brindar!
¿Qué importa que el seno pueda
llevar de perlas cubierto,
si gime el pecho desierto
bajo su cárcel de seda?
Si angustiado el corazon
derrama sin contenerlas
tristes lágrimas, que perlas
caidas del alma son.
¡Oh! tal vez si me atreviera....
mi buen padre ayer me dió

para mi tocado y.... ¡no!
¡avergonzarles pudiera!
Si Adela. . ella con afan
trabaja, y puede.... sí, esto:
tal vez con ese pretesto
le podré dar.... Aquí están.

ESCENA VIII.

MARÍA, ADELA Y DOÑA ISABEL.

ADELA. (Á D.ª Isabel.) Vamos, acérquese usted.
Por aquí.
D.ª ISAB. ¿Dónde se halla?
que del honor que nos hace
anhelo darle las gracias.
MARÍA. (Aparte.) ¡Dios mio, no sé por qué
estoy temblando y turbada!
(á D.ª Isabel.) Señora ...
D.ª ISAB. Me ha dicho Adela
que usted aqui se encontraba,
y aunque inútil y sin vista
he venido á saludarla.
MARÍA. Pues yo....
D.ª ISAB. Mi Cárlos me cuenta
la bondad con que le trata,
y el bien que hacen á mi hijo
queda grabado en mi alma.
Además, venir á vernos
usted....
MARÍA. Es que deseaba....
sé que en primores á Adela
ninguna lleva ventaja,
y yo quisiera desde hoy
por algun tiempo ocuparla.
D.ª ISAB. Señorita....
MARÍA. Á eso he venido,
y si....
D.ª ISAB. Bien; si así le agrada,
felices en complacerla
seremos en esta casa.
ADELA. ¡Oh! yo con un placer sumo
de la noche á la mañana

trabajaré para usted,
aun cuando tan poco valga.

MARÍA. Y si ofrece usted tratarme
con alguna confianza,
si sé que al llegar aquí,
molestia no he de causarla,
yo vendre, y decidiremos....
(Aparte.) Un pretesto deseaba
y así le tengo; tal vez
podré endulzar su desgracia.

D.ª ISAB. Siempre que usted lo desee,
estaremos muy honradas
recibiéndola.

MARÍA. Traeré
dibujos, y así entre ambas
eligiremos.

ADELA. Sí, sí.

MARÍA. Hoy mismo vendrá Mariana
con varias telas, y puede
empezar.

ADELA. ¡Oh! sin tardanza.

MARÍA. Ahora me marcho.

ADELA. ¡Tan pronto!

MARÍA. Sí, que no vuelve mi aya,
y esta visita, en verdad
es ya demasiado larga.

D.ª ISAB. De ningun modo.

MARÍA. Y es tarde.

D.ª ISAB. Entonces, vé y acompaña
á la señorita.

MARÍA. No:
yo sintiera incomodarla
y está tan cerca....

D.ª ISAB. No importa.

ADELA. Permítame usted que vaya,
y así juntas estaremos
un momento más.

MARÍA. ¡Oh! gracias:
de esa manera.... Señora....

ADELA. Pronto estoy de vuelta.

D.ª ISAB. Anda.

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL; despues MIGUEL.

D.ª ISAB. ¡Qué voz tan suave y dulce!
aun en el alma resuena:
luego, dicen que esa jóven
es tan amable y tan bella,
que me doy el parabien
si logramos complacerla.
MIGUEL. ¿Se marchó ya la visita?
D.ª ISAB. Miguel?
MIGUEL. Sí, madre, ¿quién era?
D.ª ISAB. La señorita María,
que vino á buscar á Adela.
MIGUEL. ¡La hija del señor de Lara!
¡cómo! ¡es posible! ¿era ella?
D.ª ISAB. Sí: pero, ¿por qué lo extrañas?
MIGUEL. Por.... (Aparte.) ¡si Cárlos lo supiera!
D.ª ISAB. ¿Y mi hijo?
MIGUEL. Juntos estábamos
allí en su cuarto. (Aparte.) Por fuerza
esa jóven mira á Cárlos
con más interés que él piensa.
D.ª ISAB. ¿No saldrá?
MIGUEL. Creo que no,
pues de cansancio se queja.
D.ª ISAB. ¡Dios mio!
MIGUEL. No hay para qué
alarmarse; mas ¿y Adela?
D.ª ISAB. Bajó con la señorita.
MIGUEL. Y para qué?
D.ª ISAB. Justo era
que la acompañase, hijo;
mas pronto estará de vuelta.
MIGUEL. (Aparte.) ¡Venir ella aquí! no sé....
no sé si á Cárlos dijera....
él la adora....
D.ª ISAB. Siento pasos:
¿es mi hija, Miguel?
MIGUEL. Sí, es ella.

ESCENA X.

Dichos, y ADELA.

ADELA. ¡Quién creyera! ¡qué alegria!
Mamá, ven.

D.ª ISAB. Aquí me tienes.
Pero, ¿qué traes?

ADELA. Yo....

MIGUEL. Vienes....

ADELA. ¡No hay dicha como la mia!

MIGUEL. ¿De veras? pero ¿por qué?

D.ª ISAB. Sí; ¿qué causa tu contento?

ADELA. Sabe usted que hace un momento....

D.ª ISAB. Dí.

ADELA. Con María bajé.

D.ª ISAB. Y bien?

ADELA. Al llegar con ella
la quise sola dejar,
mas no fué posible, entrar
me hizo en su cuarto: ¡qué bella
habitacion! la elegancia
allí ha marcado su sello;
no he visto nada más bello
que aquella pequeña estancia.

MIGUEL. Mas tú?...

ADELA. Yo en aquel instante
sentia pena y placer:
¡le acababan de traer
un traje tan elegante!
Me lo enseñó· yo admirada
no sé qué la respondí:
mas ella, fijando en mí
su cariñosa mirada,
y mis manos estrechando
con expresion celestial,
«Hágase usted uno igual»
me dijo casi temblando:
«puesto que á ocuparla voy,
»tome usted de su bordado
»el importe anticipado
»que ofrecerle quiero hoy.»

Y antes que yo respondiera,
este papel me entregó;
y en voz muy baja añadió:
«inviértalo como quiera.»

D.ª ISAB. ¡Es posible!

MIGUEL. Y tú...?

ADELA. Yo luego
negarme quise, y con todo
no pude encontrar el modo
de resistir á su ruego.

D.ª ISAB. Y aceptaste?

ADELA. Sí, que en vano
insistí.

MIGUEL. Mas....

ADELA. ¡Son mil reales!

D.ª ISAB. Dios calma al fin nuestros males,
de esa niña por la mano.

ADELA ¡Oh! con esto....

D.ª ISAB. Ya podemos
cuidar á Cárlos, Miguel.

MIGUEL. Sí, sí: todo para él.

D.ª ISAB. Al campo le mandaremos

MIGUEL. Y así podrá mejorar;
porqùe.... madre, usted no sabe!
está mi hermano más grave
de lo que puede pensar;
pero ya, gracias al cielo...

D.ª ISAB. ¡Oh! Dios oyó mi demanda:
¡bendito aquel que nos manda
tras el dolor el consuelo!

ADELA. (Aparte.) Un traje me compraré,
puesto que ella lo desea,
y aunque tan rico no sea
como el suyo.... (á D.ª Isabel) Mamá?

D.ª ISAB. Qué?

ADELA. Yo....

D.ª ISAB. Nuestro afan ves cumplido,
y vas á decirme ufana....

ADELA. Que quiero comprar mañana
un abrigo y un vestido.

D.ª ISAB. ¡Qué dices!

MIGUEL. Pero has pensado?...

ADELA. Uno, ¡qué contenta estoy!

que he visto de muestra hoy
en la tienda, terminado;
la atencion de todos fija:
es azul.

D.ª ISAB. Pero ¿estás loca?
¡tú galas! á tí te toca
vestir con modestia, hija;
además, ese dinero
nos lo dá de Dios la mano
para salvar á tu hermano,
y Cárlos es lo primero.

ADELA. Pues vaya una juventud!
y eso que María ha dicho....

D.ª ISAB. Acaso un vano capricho
valdrá más que su salud?
Dame al punto.

ADELA. (Con pena.) Tome usted.

D.ª ISAB. ¿Lo sientes?

ADELA. Pues ya lo creo!
Vaya, jamás un deseo
ver realizado podré!

MIGUEL. ¡Adela!

ADELA. No me resigno.

MIGUEL. Tú no debes de olvidarte....

D.ª ISAB. Si quieres engalanarte
de un modo seguro y digno,
orna tu frente sencilla
de pureza y de decoro:
de candor, que más que el oro
donde quiera luce y brilla:
envuélvete con el velo
que el santo pudor prefiere:
esta es la gala que quiere
para tí mi amante anhelo;
y si el presentarte así
te causa algun embarazo,
pon tu frente en el regazo
de tu madre; ven aquí,
que yo que en mi juventud
burlé del vicio los daños,
ostento sesenta años
de sufrimiento y virtud:
y el mundo al llegarte á ver

honrando á tu anciano padre,
dirá, buena fué su madre
y buena tiene de ser.
Pero me fatigo en vano
y me olvido de este modo....
para contárselo todo
voy al cuarto de tu hermano:
diré que pida licencia
por un mes entero, que....

MIGUEL. Pero no le diga usted
á Cárlos la procedencia
de ese dinero.

D.ª ISAB. Es extraño!
Por que?

MIGUEL. Siendo de María,
quizá no lo admitiria,
y le hiciera mucho daño.

D.ª ISAB. Ah! no!

ESCENA XI.

ADELA, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Qué tienes?

ADELA. ¿Lo ignoras?
cuando has visto....

MIGUEL. Adela mia,
es que mi vida daria
por las lágrimas que lloras.

ADELA. Vaya un cariño! y aquí
por mí jamás intercedes

MIGUEL. Atiende.

ADELA. Dime si puedes,
cuándo me apoyaste, dí?
siempre me causas enojos:
siempre....

MIGUEL. Debes advertir....

ADELA. Es que no quieres cumplir
ninguno de mis antojos,

MIGUEL. Que no quiero! cuando todo
lo hiciera por complacerte.

ADELA. Bien lo pruebas!

MIGUEL. Y hé de verte

afligida de ese modo!

ADELA. (Se sienta llorosa al otro lado de la escena y de espaldas á Miguel.) ¡Oh!

MIGUEL. (Aparte.) Si pudiera encontrar
un medio de consolarla!
(Mirándola con amor.) ¡Si yo pudiera comprarla
cuanto llega á desear!
Adela, yo te suplico
que ceses en tu querella.

ADELA. (Enojada.) Quita!

MIGUEL. (Aparte,) ¿Por qué para ella
no habré yo nacido rico?
Por qué no tengo.... ¡ah! ¡qué idea!
los billetes.... ¡desvarío!
ese dinero no es mio,
aunque ignoro de quién sea
¡no! ¡jamás! fuera locura
que osara tocar mi mano....

ADELA. Está visto: todo en vano
será: ¡mayor desventura!

MIGUEL. (Aparte.) Luego....

ADELA. (Con intencion.) Soy muy desgraciada,
y sin embargo, yo sé
que hay algunos...

MIGUEL. (Alarmado.) ¡Cómo! ¿qué
ibas á decir?

ADELA. ¿Yo? nada.

MIGUEL. (Aparte.) Vacilo, y estoy dudando:
no... no... si esto se supiera...
mas con todo, yo pudiera
por las noches trabajando
llegar á adquirir de nuevo
toda la suma que hoy
gastase en ella. Si, voy
y haré... (dudando) mas no, no me atrevo.

ADELA. (Con intencion y coqueteria.)
Yo sé que alguno, dichoso
con verme feliz seria.

MIGUEL. (Aparte.) ¿Qué dice?

ADELA. Y yo todavía....
¡qué vestido tan precioso!
¡tan solo con verle aquí
fuera tal mi gozo!

MIGUEL. (Aparte.) ¡Ah!
y ver que en mi mano está
hacer.... me decido, sí.
Con inquieto afan ardiente
por ella trabajaré;
yo su dicha compraré
con el sudor de mi frente;
sí, yo de nuevo obtendré
ese dinero en mi empeño;
¿por qué he de hallar á su dueño
cuando hasta aquí no le hallé?
voy por él y....

ADELA. (Aparte.) ¿Cómo digo
á María lo que pasa,
cuando tan franca en su casa
hoy se ha mostrado conmigo?

MIGUEL. (Toma el sombrero.) Pues ambiciona una gala
yo se la daré anhelante.

ADELA. ¿Te marchas?

MIGUEL. Vuelvo al instante;
espérame en esta sala.

ESCENA XII.

ADELA, despues DOÑA ISABEL Y CÁRLOS.

ADELA. Todos aquí hacen alarde
de su amor y su desvelo,
mas me riñen en su anhelo
de la mañana á la tarde.
¡No se puede tolerar
tan monótona existencia!
(Viendo aparecer á D.ª Isabel.)
mas, mi madre.... en su presencia
me toca solo callar.

D.ª ISAB. Sí, ven hijo; verdad es;
¿en mi afan no lo estás viendo?
¿no te lo está repitiendo
mi alegría y mi interés?
podrás de Madrid salir
y respirar otro ambiente;
podrás al fin en tu frente
auras más puras sentir;

aun no lo sabe tu padre.

CÁRLOS. Mas ¿quién vino en nuestra ayuda?

D.ª ISAB. La Providencia sin duda
que oyó el ruego de una madre.

CÁRLOS. Explique usted....

D.ª ISAB. (Vacilando.) Miguel vió
tu enfermedad sin remedio....
de salvarte buscó el medio,
y ese dinero pidió.

CÁRLOS. Pues gracias que lo hizo así,
porque morir me sentia,
y esto en verdad me afligia
por ustedes, no por mí.

D.ª ISAB. Hijo! pero ya á ese afan
no des en tu pecho abrigo,
y no temas, que contigo
mi amor y mi vida van.

CÁRLOS. Cariño tan santo y fiel
por pagar en vano lucho.

D.ª ISAB. Págalo amándome mucho.

ADELA. (Aparte.) ¿Á dónde iria Miguel?

D.ª ISAB. Del campo el aura bendita
respira, y tal vez mejores:
la juventud, cual las flores
sol y espacio necesita.
Mas dí al gozar su quietud,
aquí un recuerdo fijando,
en mi hogar están rogando
por mi vuelta y mi salud:
y cuando el aura tu frente
bese en sus revueltos giros,
dí, ¿si serán los suspiros
de mi pobre madre ausente?
Y al ver sobre cada flor
una gota de rocío,
piensa que en ella te envío
una lágrima de amor.

CÁRLOS. Tambien, madre mia, sé
que en mil pedazos deshecho,
bajo este apacible techo
el corazon dejaré;
y cual pájaro al vagar
por las regiones del viento,

buscará mi pensamiento
la blanca luz de mi hogar.

D.ª ISAB. Pide licencia de un mes
que fácil será obtenerla.

CÁRLOS. (Aparte.) Y he de estar un mes sin verla,
cuando ella mi vida es?

D.ª ISAB. Mañana mismo, yo quiero
que....

CÁRLOS. Tan pronto la partida?

D.ª ISAB. Sí, que va en ello tu vida,
y salvarte es lo primero.

ESCENA XIII.

Dichos, y MIGUEL, que entra precipitadamente con un paquete en la mano y procura ocultarlo al ver que Adela no está sola: D.ª ISABEL y CÁRLOS siguen hablando á un extremo de la escena, y al otro lado ADELA y MIGUEL.

MIGUEL. Adela, Adela, (Contrariado.) ¡ah!

ADELA. Miguel!

MIGUEL. (Aparte.) Van á saber....
(Bajo á Adela) Toma aprisa!

D.ª ISAB. (Á Cárlos.) Que era tu marcha precisa
me dijo, hijo mio, él.

ADELA. ¿Qué es esto?

MIGUEL. (Bajo, mostrándole el paquete.) Mira.

ADELA. (Examinándole con alegría.) Oh! ventura!
es el mismo, el que yo ví!

D.ª ISAB. (á Cárlos.) Y cuando vuelvas aquí
te esperará mi ternura.

ADELA. ¡Qué bonito! ¡qué alegría!
Y es para mi?

MIGUEL. (Con afan.) Si lo quieres....

ADELA. ¡Oh! sí, sí: ¡qué bueno eres!
¡cuánto te amo!

MIGUEL. Adela mia!
(Saca del bolsillo un pequeño estuche.)
toma tambien.

ADELA. (Abriéndolo.) Cómo! el qué?
una sortija! un brillante!

MIGUEL. Lo ví, y en aquel instante
para tí lo ambicioné;
y sin pensar en...

ADELA. (La mira con alegria.) Jamás
he visto alhaja cual esta.
¿Valdrá mucho?

MIGUEL. Mucho cuesta;
pero tu amor vale más.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y DON FERNANDO, que entra alegre y apresurado.

D. FERN. ¡Albricias! ya nuestro empeño....
D.ª ISAB. ¡Fernando!
D. FERN. Ya sé....
MIGUEL. (Aparte, alarmado.) ¡Qué dice!
D. FERN. Miguel, al cielo bendice,
que ya sé quién es su dueño!
MIGUEL. (Aterrado.) Su dueño! qué?...
D. FERN. (Con gozo.) Por quien soy!
Sin duda diste al olvido
los billetes: ¡Dios ha sido
quien lo ha descubierto hoy!
D.ª ISAB. Cómo?
D. FERN. Si no, deshonrado
un anciano quedaria.
MIGUEL. ¡Deshonrado!
D. FERN. Su alegría
con lágrimas me ha mostrado.
No era suyo ese dinero,
y el perderle fué peor;
que al confiarle á su honor
era su honor lo primero.
En su afliccion inhumana
y en su terrible embarazo,
pidió para darlo, un plazo,
y el plazo cumple mañana.
MIGUEL. (Con gran agitacion.) ¡Mañana!
D.ª ISAB. Mas, no imagino
cómo supiste su nombre.
D. FERN. Un amigo de ese hombre
á buscarme, Isabel, vino:
en la escalera le hallé,
y al referirme su anhelo,
para prestarle consuelo

hasta su casa volé.
Allí le encontré: á mi vez
gocé al disipar su pena:
¡qué cosa tan noble y buena
en el mundo, es la honradez!
Le dije que eras mi hijo,
y su gratitud mostrando,
entre riendo y llorando,
con el alma te bendijo.
Con que alza la frente ufana,
mañana con él te envío
y tú le llevas....

MIGUEL. (Aparte, aterrado.) ¡Dios mio!
pero ¡qué hago yo mañana!

D.ª ISAB. (á D. Fernando.) Pues, ensancha el corazon,
porque en su bondad inmensa
Dios hoy una recompensa
nos da de esa buena accion.
Cárlos se podrá curar.

D. FERN. ¿Qué dices?

D.ª ISAB. Oye.

(Habla con Cárlos y D. Fernando.)

MIGUEL. (Aparte.) ¡Ay! Adela,
cada vara de esa tela
cuán cara me va á costar!

ADELA. (Cuidándose solo de mirar los objetos que habrá colocado Miguel sobre una silla, á un extremo de la escena.)
Para usarlo, he de decir
que fue otro don de María,
y hoy, hoy mismo... ¡qué alegría!
si yo pudiera salir!

MIGUEL. (Aparte.) ¿Qué haré? confesar que traje...
no, no, seria obligarlos...
¡ah! ¡no! la vida de Cárlos
depende de este viaje;
y luego, en mi loco anhelo
gasté más!

D. FERN. El bien alcanza
á quien siempre su esperanza
pone, hijo mio, en el cielo.

ADELA. (Aparte, mirando el vestido.)
Mañana lo he de lucir!

MIGUEL. (Aparte.) Mañana, por culpa mia,

la vergüenza más impía
esta casa va á cubrir!
¡mi locura destruyó
para siempre el bien soñado!
¡mañana estoy deshonrado!
dirán que soy...! oh! no! no!
antes la muerte prefiero!
(Dejándose caer en una silla, junto á la mesa.)

D. FERN. Ya, el porvenir, más dichoso
será.

D.ª ISAB. Lo ves?

MIGUEL. (Aparte.) Y es forzoso
que yo busque ese dinero.
¡Un medio! ¡un medio! ¡Señor!
(Al dejar caer la mano sobre la mesa vé el periódico que D. Fernando leyó en la escena primera.)
¡Qué veo! ¡ese anuncio! ¡ah! Sí.

D.ª ISAB. Venid todos junto á mí.

MIGUEL. (Aparte, con decision.)
¡No hay más recurso! ¡Valor!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho elegante, en casa del Sr. de Lara: puerta de entrada á la derecha: á la izquierda otra que comunica con el interior de la casa: en el foro, la que conduce al despacho particular de Lara. Dos mesas de escritorio á los dos lados de la escena, y muebles de lujo.

ESCENA I.

LUIS, ANDRÉS y el SR. DE LARA.

Los dos primeros escriben sentados en la mesa de la izquierda, y el último escribe tambien en la de la derecha, consultando el libro de Caja.

LARA. Me canso en vano, y por más
que por doquiera examino,
cuál es la causa no atino
de esta falta.
(Sigue hojeando papeles.)

ANDRÉS. (Á Luis.) Con que vas
á marcharte?

LUIS. Así parece.

ANDRÉS. Á ver vas mundo, otro cielo?

LUIS. Ese siempre fué mi anhelo,
y realizarlo me ofrece
la suerte.

ANDRÉS. No me ilusiona
el viajar, yo te lo juro;
es más cómodo y seguro
estarse en Madrid.

LUIS. Perdona;
no soy de tu parecer,
y que eso digas admiro.

LARA. Cuanto más busco y más miro,
más me llego á convencer:
y mil escudos aquí
faltan: dudar fuera en vano;
preciso es buscar la mano
que pudo....

ANDRÉS. (Á Luis.) Y haces bien, sí:
esos son tus sueños bellos.

LARA. Alguno, por vida mia,
abusó... ¡y yo que tenia
tanta confianza en ellos!
¿habré de dudar...?

LUIS. (Á Andrés.) Andrés,
quedarme allí? bah qué idea!

LARA. ¿Pero es posible que sea...?
no: ninguno de los tres!
y es fuerza.... vamos, no sé....
¡y aquí está claro y conciso
el déficit! es preciso
observarlos, y lo haré.

ESCENA II.

Dichos. MARÍA.

MARÍA. Papá.

LARA. Eres tú?

MARÍA. Puedo entrar?

ANDRÉS. (Viéndola.) ¡Ah!

LUIS. (Saludando.) Señorita....

LARA. María,
pues quién lo duda, hija mia.

MARÍA. Si te vengo á molestar....

LARA. No, hija:
á buen tiempo llegas,
y preguntarlo es en vano.

MARÍA. Pero, ¿por qué tan temprano
así al trabajo te entregas?

LARA. Esa es mi costumbre.

MARÍA. Sí,
mas mi amor no recompensas,
porque juzgo que más piensas
en los números que en mí.

LARA. ¿Qué estás diciendo, hija mia?
MARÍA. Oh! lo que puedo probarte:
si yo no vengo á buscarte
no te veo en todo el dia.
LARA. Injusta eres por demás
con tu padre, que...
MARÍA. Es en vano
que digas....
LARA. Si yo me afano,
es por tí, por tí no más.
MARÍA. Por mí has dicho?
LARA. Cierto, sí.
MARÍA. Pues tu empeño no me explico:
¿no eres ya bastante rico?
¿qué nos falta, papá, dí?
LARA. Oh! nada; más cuando el cielo
sin tu madre nos dejó,
sentí que se acrecentó
hácia tí mi tierno anhelo;
y en medio de mi aflicción,
viejo con alma de niño,
no tuvo ya más cariño
que el tuyo mi corazon:
y fuiste al crecer en calma
por mis canas protegida,
última flor de mi vida,
postrera luz de mi alma;
rayo de sol que á la vez
mi triste hogar alegraba,
y dulce calor prestaba
á mi cansada vejez:
y trabajé noche y dia,
porque nada te faltase,
porque ninguna lograse
brillar más que tú, María:
y así proseguí tambien,
aunque en mi afanar ardiente
costó una arruga á mi frente
cada flor para tu sien.
Ya ves, hija mia, si hoy
querré hacerte venturosa.
MARÍA. (Ap.) No ha venido. (Á su padre.) Yo, dichosa
estando á tu lado soy.

ANDRÉS. (Á Luis.) Concluyes ya?
LUIS. (Á Andrés.) Ya concluyo.
MARÍA. (Á su padre.) No es la riqueza mi encanto;
mas sí que me quiera tanto
un corazon como el tuyo.
La más brillante existencia
pierde ventura y sosiego:
¡tambien con llanto de fuego
regada está la opulencia!
LARA. ¿No eres tú dichosa?
MARÍA. ¿Yo?
¿acaso piensas...?
LARA. María,
jamás te perdonaría
que me ocultases...
MARÍA. Oh! no!
LARA. Solo anhela mi ternura
verte feliz; que en tu frente
siempre, hija mia, se ostente
el cielo de la ventura.
Y si la suerte traidora
nublase su luz serena,
ven, y confía tu pena
á tu padre que te adora.
MARÍA. Y ¿dónde amparo mayor
encontrara que en tu seno?
Yo bien sé que un padre bueno
es el amigo mejor.
Por eso, si un dia soy
desgraciada, sin reparo
vendré á pedirte el amparo
que me has ofrecido hoy:
mientras....
LARA. Goza del vivir,
y déjame trabajar:
tu edad es de disfrutar,
la mia la de adquirir.
MARÍA. ¡Cuán bueno y cuán bondadoso
eres!
LARA. Házlo así, María:
¿por qué no sales? el dia
está apacible y hermoso.
Vé con tu aya, y al cajero

dí... no temas que me enfade;
por si hay algo que te agrade,
lleva, si quieres, dinero.

MARÍA. Para qué? no necesito....

LARA. Pero hay dijes... joyas. .

MARÍA. No:
¡tengo tantas!

LARA. Es, que yo
quisiera....

MARÍA. Pues bien; le admito.
Y en premio de tus cuidados...

LARA. ¿Qué vas á hacer?

MARÍA. No te asombre:
con él haré, que tu nombre
bendigan los desgraciados.

LARA. Hija mia!

MARÍA. Pero hablando
de otra cosa; hoy falta aquí....

LARA. Quién?

MARÍA. Cárlos.

LARA. Es verdad, sí;
tambien yo estaba notando
su tardanza, y no sé á qué
achacarla: él siempre ha sido
pundonoroso, cumplido.

MARÍA. ¿Estará enfermo?

LARA. No sé,
y empiezo á estar con cuidado,
es á su deber tan fijo....

MARÍA. Yo le aprecio, ¡es tàn buen hijo!

LARA. Es un jóven muy honrado.

MARÍA. Si no temiera enojarte
te rogara....

LUIS. (Á Andrés.) Dame acá.

MARÍA. (Á su padre.) Manda á saber cómo está,
en tu nombre y de tu parte.

ANDRÉS. (Á Luis.) Aquí la firma.

LUIS. (Á Andrés.) Y en esa...

MARÍA. (Á su padre.) ¿Lo harás, papá?

LARA. Sí.

MARÍA. No olvides....

LARA. Con tal empeño lo pides....

MARÍA. (Con precipitacion.) Su familia me interesa;

solo por eso te ruego...

LARA. Pues bien, vé tú misma y dá
lo órden.

MARÍA. (Aparte.) Sospechará....

LARA. Y sal despues.

MARÍA. Hasta luego.

ESCENA III.

LARA, ANDRÉS y LUIS.

LARA. Sí: tiene razon María;
preciso es que averigüemos
el motivo de que Cárlos
hoy se tarde tanto; pero
antes... (Á Luis.) Luis, ¿copió usted
las cartas y documentos
que le dije?

LUIS. Sí señor,
y tan solo falta en ellos
la firma: si quiere, ahora...

LARA. Bien; la pondré y despachemos.

LUIS. Examínelas usted,
por si algo les falta.

LARA. Bueno.

(Toma varios papeles de manos de Luis y se dirige á su mesa, á la cual se sienta á repasarlos.)

ANDRÉS. (Á Luis.) ¿Quieres venir, cuando acabes,
al Retiro?

LUIS. Andrés, no puedo.

ANDRÉS. Por qué?

LUIS. ¿Olvidas que esta noche
en el tren marcharme debo
á las doce, y para nada
chico, me queda ya tiempo?

ANDRÉS. Pero ¿qué tienes que hacer?

LUIS. De algunos amigos quiero
despedirme.

ANDRÉS. Eso es muy justo.

LUIS. Tambien ir á ver deseo
á la familia de Cárlos.

ANDRÉS. Les visitas?

LUIS. Hace tiempo.

ANDRÉS. Yo tambien, algunas veces.
LUIS. Él es muy buen compañero.
ANDRÉS. Tiene una hermana....
LUIS. Muy linda,
y muy jóven.
ANDRÉS. Sí por cierto;
pero....
LUIS. Ya me imaginaba
que ibas á ponerla un pero.
ANDRÉS. Le tiene y grande.
LUIS. Y cuál es?
ANDRÉS. Ay! Luis! el mayor defecto
para un pobre.
LUIS. Pero dí....
ANDRÉS. Que ama el lujo con extremo,
y que gasta más que debe
en adornos.
LUIS. No lo creo.
ANDRÉS. Yo tambien lo dudaria
á no haberlo visto; pero
hoy la encontré justamente
con un traje....
LUIS. Cómo es eso!
pues ellos son pobres.
ANDRÉS. Mucho.
LUIS. Cárlos tiene poco sueldo.
ANDRÉS. Muy poco, y con él...
LARA. (Aparte, muy marcado y prestando atencion á lo que hablan.) ¿Qué dice?
ANDRÉS. Como no busque otros medios..
LUIS. Supones....
ANDRÉS. Nada supongo.
LUIS. Es honrado!
ANDRÉS. No lo niego:
mas si gastan más que tienen,
de algun modo....
LARA. (Aparte, alarmado.) ¿Será cierto?
ANDRÉS. Búscale una solucion,
si no eres ó tonto ó ciego.
LUIS. Tú no quieres bien á Cárlos.
ANDRÉS. Y por qué no he de quererlo?
LARA. (Aparte.) ¡Qué sospecha! Si él... Oigamos.
LUIS. Porque él en el cumplimiento

de su deber es exacto,
y tú....

ANDRÉS. Vamos, no seas necio.

LUIS. Porque viene más temprano.

ANDRÉS. (Con intencion.) Él sabrá la causa de ello.

LARA. (Aparte, prestando siempre la mayor atencion á las palabras de Andrés. Oh! qué idea!

LUIS. Porqüe envidias...

ANDRÉS. Bah! tú estás loco.

LUIS. (Mirando á la puerta de entrada.) Silencio;
aquí está.

ESCENA IV.

Dichos y CÁRLOS.

ANDRÉS. Sí.

CÁRLOS. Buenos dias.

LARA. ¿Es usted, Cárlos? ya inquieto
estaba.

CÁRLOS. Perdone usted,
si me he tardado un momento.

LARA. Quién le ha dicho....

CÁRLOS. En adelante....

LARA. Vaya, ocupe usted su puesto
y no hablemos de eso: ahora
despache usted el correo,
que va siendo tarde. Andrés.

ANDRÉS. (Levantándose.) Señor de Lara....

LARA. Aquí tengo
algunas letras cumplidas
y pudiera ir....

ANDRÉS. Al momento.

ESCENA V.

Dichos, menos ANDRÉS.

LUIS Ahí tienes tu sitio.

CÁRLOS. Aun no:
antes de sentarme tengo
que hablar al Sr. de Lara.

LARA. Á mí?

CÁRLOS. Sí.
LARA. Pues bien: hablemos;
ya sabe que complacerle
únicamente deseo.
CÁRLOS. Por esa misma bondad
animado, yo le ruego
que me otorgue su permiso
para ausentarme algun tiempo.
LARA. Cómo!
CÁRLOS. Veinte ó treinta dias
es tan solo lo que anhelo.
LARA. Ah! con que usted quiere?... bien,
y aunque extraño... (Aparte.) ¿Será cierto?
(Á Cárlos.) Y qué piensa usted hacer
en esos dias?
CÁRLOS. Los médicos
dicen que me vaya al campo
como el único remedio
de recobrar la salud
que á mi pesar voy perdiendo.
LARA Y usted, á lo que parece
piensa tomar el consejo?
no es así?
CÁRLOS. Mi pobre madre
es la que se empeña en ello;
pero antes quiso, que usted
accediera.
LARA. Bien... lo apruebo.
CÁRLOS. Yo ambiciono su permiso,
y á no ser así, me quedo.
LARA. Y por qué?
CÁRLOS. Porque conozco
y sé cuánto le debemos.
LARA Á mí!
CÁRLOS. Sí señor: há mucho
que en su casa ocupo un puesto,
y á mis padres, de este modo,
sostener y ayudar puedo.
LARA. Sí: ya sé que usted se afana
y se desvela por ellos,
sin contar con más recursos
(Con intencion.) que su trabajo, ¿no es cierto?
CÁRLOS. Oh! nada más....

LUIS. (Aparte.) ¡Pobre Cárlos!
CÁRLOS. Y de ello no me avergüenzo.
LARA. Entonces.... ¿querrá usted que
le anticipe algun dinero?
CÁRLOS. No señor.
LARA. Que no!
CÁRLOS. Las gracias
le doy por su ofrecimiento;
pero eso fuera abusar
de su bondad, y no quiero.
LARA. Si es que no lo necesita...
(Aparte.) me confundo y no comprendo ..
CÁRLOS. Hoy no señor... mas si acaso...
LARA. (Aparte.) ¿Dónde habrá encontrado medios
para...? ¡si será él, Dios mio!
las apariencias....
LUIS. Don Pedro.

ESCENA V.

Dichos y DON PEDRO.

CÁRLOS. Ah!
LUIS. Felices.
LARA. (Aparte.) ¡Qué sospecha!
D. PED. Lara!
LARA. Tú aquí tan temprano!
D. PED. Sí, mas no me lo agradezcas,
que aunque en verte me complazco,
los asuntos me han traido
y no la amistad.
LARA. Sepamos.
D. PED. Venia en busca de Luis.
LUIS. De mí?
CÁRLOS. (Aparte.) No me ha contestado!
D. PED. (Á Luis.) Las postreras instrucciones
y los últimos encargos
vengo á hacerle, y además
á darle un poder firmado
y en toda regla, pues juzgo
que esto es lo más necesario.
CÁRLOS. (Aparte.) ¡Oh! ¿qué haré?
D. PED. (Á Luis.) Con que esta noche...?

LUIS. Á las dos en punto marcho,
cumpliendo en todos sus órdenes
y el deseo que ha mostrado.

D. PED. Espero quedar contento
de usted.
(Dirigiéndose á Cárlos.) Mas ¿qué es eso, Cárlos?
¿no se trabaja?

CÁRLOS. Esperaba....

LARA. (Á Cárlos.) Ya hablaremos más despacio
de su pretension, y....

CÁRLOS. Bien.

LARA. Escriba usted entretanto.
(Aparte.) Es preciso averigüar
toda la verdad.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Qué cambio!

LARA. (Aparte.) Lo consultaré con Pedro.

D. PED. (Hablando con Luis.) No es posible demorarlo.

LUIS. Y para qué? Desde anoche
tengo el billete tomado:
nada me queda que hacer
en Madríd; con que en sonando
la hora fijada, adelante,
monto en el wagon, y parto.

D. PED. Y á ser activo.

LARA. (Á D. Pedro.) Sin duda
tú al venir, no habrás tomado
aún el chocolate?

D. PED. No.

LARA. Pues ven conmigo, y hablando
le tomaremos.

D. PED. Perdona,
pero para mí es temprano.

LARA. Entonces....

D. PED. Prefiero ir
á esperarte en tu despacho,
para ver á tu cajero:
tengo que darle un encargo,
y mientras....

LARA. Sí; tambien yo
un asunto reservado
quiero consultar contigo.

D. PED. Allí podemos tratarlo:
anda y despacha sin prisa

que yo. . (Yendo á la puerta del foro.)

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Casi se ha negado!

LARA. Pues voy y.... (Dirigiéndose á la puerta izquierda.)

D. PED. (Desde el foro.) Ah! qué memoria!
los dos nos equivocamos
el otro dia.

LARA. Sí?

D. PED. Luego
te explicaré.... Aquí te aguardo.

ESCENA VI.

CÁRLOS y LUIS.

CÁRLOS. (Aparte.) ¿Por qué tanta frialdad
aquí me habrá demostrado
él, que siempre me ha tratado
con cariño y con bondad?
No sé....

LUIS. Cárlos.

CÁRLOS. ¿Qué me quieres?

LUIS. Muy pensativo te hallo.

CÁRLOS. Con una idea batallo...

LUIS. Y cuál es?

CÁRLOS. Mi amigo eres?
es verdad?

LUIS. Lo dudas?

CÁRLOS. No.

LUIS. Pues entonces, si lo soy,
dime....

CÁRLOS. ¿Sabes por qué hoy
nuestro principal me habló
con tal acento que....

LUIS. Á tí?

CÁRLOS. Sus palabras fueron pocas,
mas....

LUIS. Sin duda te equivocas:
él te aprecia mucho

CÁRLOS. Sí:
conmigo hasta ahora fué
bueno, mas hoy se encontraba
tan....

LUIS. Yo con don Pedro hablaba,

chico, y nada reparé.

CÁRLOS. ¡Sintiera tanto perder
su afecto!

LUIS. Mucho te apuras;
pero no digas locuras,
porque eso no puede ser.

CÁRLOS. Es que....

LUIS. Tú cumples aquí
como no cumple un cualquiera.
(Con intencion.) Además, aunque eso fuera:
¿no habrá quien ruegue por tí?

CÁRLOS. Cómo?

LUIS. María....

CÁRLOS. No acabes.

LUIS. Mas....

CÁRLOS. Tu silencio prefiero.

LUIS. Hijo, el amor y el dinero....
lo demás ya tú lo sabes.

CÁRLOS. Pero, Luis.. !

LUIS. ¿Te causa enojos
que tus secretos comprenda?
pues á no ser que una venda
tuviera puesta en los ojos,
á nadie se ocultaria
la pasion que te avasalla,
ni tampoco....

CÁRLOS. Por Dios, calla!

LUIS. Que tambien te ama María.

CÁRLOS. Cómo! ¿supones tal cosa?

LUIS. Y lo digo sin empacho:
tú eres un guapo muchacho,
y ella una jóven preciosa.

CARLOS. Mas tambien debes saber
que á esta pasion no dí abrigo;
que luché, y Dios es testigo
de que no pude vencer.

LUIS. Mal hecho!

CARLOS. Y ¿qué he de esperar
de este profundo cariño?

LUIS. Qué? Vamos, no seas niño:
¡si me hallara en tu lugar!

CARLOS. Cederias.

LUIS. No qué es bella.

Carlos. Es rica!
Luis. Vaya un apuro!
vamos, cuando te aseguro
que puedes contar con ella.
Carlos. Oh! no.
Luis. Tú estás ciego, dí?
y entonces, por qué suspira?
Carlos. Por....
Luis. Por qué á mí no me mira
cual te mira siempre á tí?
Carlos. Son delirios....
Luis. Es amor.
Carlos. Mas....
Luis. Tú en esto no estás ducho:
pero ella te quiere mucho,
y su padre....
Carlos. Por favor!
Luis. Nuestro principal no es
ambicioso; ama á su hija,
y cuando esposo la elija
no influirá el interes
en su eleccion; con que....
Carlos. Oh!
Luis. Deja esa duda importuna,
y busca amor y fortuna;
que puedes aquí....
Carlos. Luis: no!
y vé que al hablar así
me estás ofendiendo ahora;
que aunque mi pecho la adora,
yo no busco el medro aquí.
Luis. Pero nunca está demás... (Movimiento de Cárlos.)
no te enfades, yo lo digo
por....
Carlos. Si quieres ser mi amigo,
no hablemos de eso jamás.
Luis. Hombre!
Carlos. Y si leer pudiste
en mis ojos esa historia,
bórrala de tu memoria,
que es un sueño, y sueño triste.
Luis. Me guiaba tu interés,
mas si lo tomas en serio....

CARLOS. Este amor es un misterio
para todos, y....
LUIS. Quién es?

ESCENA VII.

Dichos, MIGUEL, entrando triste y agitado.

CARLOS. Miguel.
LUIS. Tu hermano.
CARLOS. Tú aquí!
MIGUEL. Sí, Cárlos.
CARLOS. Pero qué tienes?
MIGUEL. Te buscaba.
CARLOS. Por qué vienes....
MIGUEL. Tenia que hablarte.
CARLOS. Á mí?
MIGUEL. Sí.
CARLOS. Miguel, algo te pasa:
tu agitacion lo revela:
estás pálido: ¿y Adela?
¿y nuestros padres?
MIGUEL. De casa
yo no vengo ahora, mas
por ellos, Cárlos, descuida.
CARLOS. Tu inesperada venida....
MIGUEL. Calla: todo lo sabrás,
pero solo....
LUIS. Estorbo, chico?
CARLOS. Tú! no.
LUIS. Hablar podeis á fé:
yo en tanto me ocuparé....
del correo.
CÁRLOS. (Á Luis.) Te suplico
que termines. (Á Miguel.) Ahora, dí,
explica tu pesadumbre;
¿por qué, contra tu costumbre,
vienes á buscarme aquí?
MIGUEL. Ay! Cárlos, á mi pesar
á afligirte va mi acento:
voy á turbar un momento
la calma de nuestro hogar.
CARLOS. Cómo!

MIGUEL. Tengo que partir:
de Madrid me voy.
CARLOS. Qué escucho!
por mucho tiempo?
MIGUEL. Por mucho!
CARLOS Pero ¿dónde vas á ir?
MIGUEL. No sé.
CARLOS. No te entiendo bien:
¿irte? ¿no somos hermanos?
mis pobres padres ancianos,
no son tus padres tambien?
¿no partiste en tu dolor
con nosotros mesa y techo?
MIGUEL. Es cierto!
CARLOS. ¿Qué te hemos hecho,
que así nos niegas tu amor?
MIGUEL. No aumentes en este instante
mi amarga pena, que es mucha,
pues te juro que en su lucha,
ya el alma sufre bastante.
CÁRLOS. Entonces, á la verdad,
¿por qué te vas? ¿por qué ha sido
decir?...
MIGUEL. Es que hoy he vendido
mi vida y mi libertad.
CÁRLOS. Tú! qué dices?
MIGUEL. Solo así
logré evitar la deshonra:
que entre la dicha y la honra,
tener honra preferí!
CÁRLOS. Por Dios, que te estoy oyendo,
y más y más me confundo!
MIGUEL. Es mi dolor tan profundo
que ni aun yo mismo me entiendo.
CÁRLOS. Pero en fin....
MIGUEL. Tú sabes....
CÁRLOS. Dí.
MIGUEL. Que me hallé dinero un dia:
lo gasté: darlo debia....
para darlo me vendí.
CÁRLOS. Que lo gastaste!...
MIGUEL. Eso es:
hice mal!

CÁRLOS. Sí.
MIGUEL. Mas repara....
no pensé que me costara
tanto y tan caro despues!
CÁRLOS. Mas por qué?...
MIGUEL. Anhelaba un traje
Adela.... la quiero tanto!
que al verla llorar, su llanto
me enloqueció, y se lo traje:
y un brillante la compré
tambien en mi pasion loca,
que al ver el ruego en su boca
de mí mismo me olvidé.
Mi disculpa es el mayor
afan que en mi pecho anida:
¡quién no vendiera su vida
por la mujer de su amor!
CARLOS. ¡Miguel! Miguel!
MIGUEL. Creí, que
de la noche haciendo dia
trabajando, ganaria
el dinero que gasté;
pero burlando mi empeño
quiso la suerte traidora
que en aquella misma hora
pareciese ayer su dueño.
Loco, y temiendo faltar
de mi deber al reclamo,
de nuestro padre, á quien amo,
temiendo el enojo al par,
sin pensar en nada...
CARLOS. Y bien?...
MIGUEL. Ví ese anuncio....
CARLOS. Y has podido....
MIGUEL. Mi sangre hubiera vendido,
y mi existencia tambien.
CARLOS. Pues si es eso, la quietud
torne á tu pecho agitado;
yo esperaré á vuestro lado
que Dios me dé la salud.
Aquí me quedo: al instante
volverte la calma quiero:
de mi viaje el dinero

puede hacer....

MIGUEL. Ah! no es bastante!

CARLOS. Que no! Pues qué cantidad
debes?

MIGUEL. Aunque te quedaras,
cubrir el mal no lograras:
falta más de la mitad.

CARLOS. Dios mio!

MIGUEL. Y tu noble accion
tampoco aceptar debia,
pues la culpa ha sido mia,
es mía la expiacion.

CARLOS. Partir!

MIGUEL. La suma tomada.
hace un instante fuí á dar,
y mañana ha de quedar
mi suerte al deber fijada.
Por eso vine hasta aquí
á buscarte, pues confio
que tú. ..

CARLOS. ¡Pobre hermano mio!
y ¿qué puedo hacer por tí?

MIGUEL. Es, que me falta valor
en el momento de irme,
Cárlos, para despedirme
de mis padres, y mi amor:
házlo tú, pues esta vez
mi frente al pesar abato:
díles que no soy ingrato
si abandono su vejez;
díles que en el corazon
su santo recuerdo llevo,
y que aun á esperar me atrevo
por mi falta, su perdon:
y á Adela.... di que al partir
llevo el alma desgarrada;
mas no.... no la digas nada,
que no la quiero afligir.
Basta, que por mi fatal
destino, ausente me llore,
pero yo quiero que ignore
que fué causa de mi mal.

CARLOS. Pero, dime: ¿no habrá otros

medios de hacer....

MIGUEL. No, no hay más
que el que adopté.

CARLOS. Y si te vas,
dí, ¿qué va á ser de nosotros?

MIGUEL. Juntos, podeis soportar
mejor, esta ausencia hoy,
pero yo, solo me voy
y solo siempre he de estar!

CÁRLOS. De mis padres, regocijo;
junto á mí creciste ufano:
te vas, ¡quién será mi hermano!
te vas, ¡quién será su hijo!

MIGUEL. Ámalos mucho por mí;
en mi ausencia, de ellos cuida;
y á ella, á ella que es mi vida,
dí que no me olvide!

ESCENA VIII.

Dichos, MARÍA.

MARÍA. (Aparte.) Aquí
está ya: mi corazon
temiendo estaba por él.

CARLOS. (Aparte á Miguel.) Ella!

MIGUEL. (Saludando, turbado.) Señora ..

MARÍA. Miguel!
ah!... celebro la ocasion
de....

CARLOS. (Aparte á Miguel.) Disimula por Dios!

MIGUEL. Para mí el placer ha sido....

MARÍA. (Aparte, mirándolos con interés.)
Qué les habrá sucedido
que están turbados los dos!

LUIS. (Aparte, indicando á María.)
Pues! no lo dije! aquí está.

MIGUEL. (Bajo á Cárlos.) Me ahogo y debo marcharme;
¿vienes?

CARLOS. (Id. á Miguel.) Tengo que quedarme;
luego....

MIGUEL. (Idem.) Á conocerte va
que sufres.

CARLOS. (Idem.) Tendré valor.
Aunque oprimido y estrecho,
en el fondo de mi pechó
ocultaré este dolor.
MIGUEL. (Alto.) Vendrás á buscarme?
CARLOS. Sí.
MARÍA. (Aparte.) Oh! yo veré si consigo....
CARLOS. Iré á reunirme contigo
en cuanto salga de aquí.
MIGUEL. (Disponiéndose á salir.)
Entonces bueno. Señora....
MARÍA. ¿Se marcha usted?
MIGUEL. Vine á ver
á Cárlos.... tiene que hacer,
y no debo en esta hora
detenerle.
MARÍA. Piensa usted...?
MIGUEL. Sin embargo....
MARÍA. Está en su casa.
MIGUEL. Cárlos....
CARLOS. Á Dios.
MARÍA. (Aparte.) Algo pasa,
mas juro que lo sabré.

ESCENA IX.

MARÍA, CÁRLOS, LUIS.

MARÍA. (Aparte.) Quisiera poderle hablar
y saber así qué es esto:
si yo encontrara un pretesto
para que Luis....
(Aparte, yendo á sentarse á la mesa con aire abatido.)
¡Él marchar!
LUIS. (Á Cárlos.) Te encuentro triste.
CARLOS. Sí á fé.
MARÍA. (Aparte.) No hay otro medio, y deseo....
(Á Luis.) Luis.
LUIS. Qué?
MARÍA. Papá..., segun creo,
ahora le buscaba á usted.
LUIS. Á mí?
MARÍA. Sí.

LUIS. (Aparte.) Ya la intencion
comprendo.

MARÍA. Yo le suplico
que vaya, y....

LUIS. Entiendo. (Aparte á Cárlos.) Chico,
declárale tu pasion.

ESCENA X.

MARÍA, CÁRLOS.

Él sentado á la mesa: María en medio de la escena, contemplándole y dudando.

MARÍA. Á solas con él estoy,
y sin embargo vacilo,
y cuando á mirarle voy
dobla sus latidos hoy
el corazon intranquilo:
y él con la frente agoviada
guarda silencio á su vez,
sin levantar la mirada:
¡vaya, no sirve de nada
tanta y tanta timidez! (pausa.)
Está visto: necesita
para hablar que empiece yo;
y aunque la duda me agita,
quiero.... (Á Cárlos.) Cárlos....

CARLOS. (Levantándose.) Señorita....

MARÍA. ¿Trabaja usted mucho?

CARLOS. No;
y es en vano que lo intente,
que al ir la pluma á tomar,
tiembla mi mano, y mi frente
hoy abatida se siente.

MARÍA. (Con interés.) ¿Tiene usted algun pesar?

CARLOS. Mal ocultarlo podria.

MARÍA. Luego.... padece?

CARLOS. Sí, mucho;
y es tal la desgracia mia,
que sin fuerzas, noche y dia
contra este infortunio lucho.

MARÍA. Cuando nuestro afan callamos,
es doble nuestra afliccion;
mas un consuelo encontramos

cuando las penas fiamos
Cárlos, á otro corazon.

CÁRLOS. Aunque su voz lograria
dar la ventura y la calma,
¿á qué se afana, María?
son duelos que Dios envia
á lo profundo del alma.

MARÍA. Quiero saberlos.

CARLOS. Á qué?

MARÍA. Tal ver remedio les halle.

CARLOS. No es posible, yo lo sé;
así, permítame usted
que los sienta y que los calle.

MARÍA. ¡Egoista es el pesar
que así en el pecho se encierra!

CARLOS. Es que sé que no he de hallar
remedio alguno en la tierra.

MARÍA. Mas sufrir.... sin esperar!

CARLOS. Temo que mi afan profundo
el mundo calumnie aquí.

MARÍA. Pero ese temor...?

CARLOS. Lo fundo,
en que yo pobre nací
y al pobre desdeña el mundo.

MARÍA. Lo hará así, quien á mi ver
no pueda, Cárlos, en calma
el bien y el mal conocer;
no quien sepa comprender
todo el valor de su alma;
no quien al verle cruzar
una vida sin encanto,
le quisiera consolar,
ansiando al par enjugar
con mano amiga su llanto.

CARLOS. No inspiro á nadie interés!

MARÍA. (Con rapidez.) Se engaña usted.

CARLOS. Oh! María!
¿será verdad?

MARÍA. Sí lo es;
(Aparte.) que te vendes alma, alma mia,
y lo sentirás despues!

CÁRLOS. Hable usted.... su acento hoy
enloquece mi razon;

creyendo en la dicha voy
y aquí.... (Aparte.) pero loco estoy....
que te vendes, corazon!

MARÍA. Si á mi amistad dicha llama....

CÁRLOS. María, no lo ha de ser!

MARÍA. Puesto que así lo proclama
puede. . (Aparte.) No hay duda, me ama!
mas le contiene el deber!

CÁRLOS. Es un delirio esperar.

MARÍA. Oh! tenga usted confianza.

CARLOS. (Aparte.) Y esas palabras, al par,
son mi rayo de esperanza
y yo no debo esperar!

MARÍA. Cárlos....

CARLOS. María, perdon ...
hay momentos en la vida
de tan hermosa ilusion,
que la existencia se olvida,
y se olvida la razon;
y cual del dique deshecho
se escapa el ancho torrente,
tambien, á nuestro despecho,
se escapa de nuestro pecho
la pasion que el alma siente.

MARÍA. Y, si triste y sola vemos
el alma por quien sufrimos,
contenernos no podemos,
decimos más que debemos,
aunque menos que sentimos.

CARLOS. Dios mio! se me figura
un sueño!

MARÍA. Si el porvenir....

CARLOS. No merezco tal ventura,
y me olvido en mi locura
que solo....

MARÍA. Siento venir
á alguno.

CÁRLOS. Mi pecho anhela....

MARÍA. Á Dios!

CÁRLOS. Nunca olvidaré....

MARÍA. Piense, si esto le consuela,
que hay, Cárlos, un ser que vela,
y que siente con usted.

ESCENA XI.

CÁRLOS, despues DON FERNANDO, y ADELA, que viste el traje que le dió Miguel, y que ha de ser lujoso y muy elegante.

CÁRLOS. Que siente conmigo! sí;
eso ha dicho; no es mentira;
¡oh! mi cabeza delira,
mas....

ADELA. (Á su padre, entrando.) Mírele usted allí.

D. FERN. Estás solo, Cárlos?

CÁRLOS. Padre,
usted....

D. FERN. Á buscarte vengo.

CÁRLOS. Tambien Adela?

D. FERN. Sí: quiso
ahora acompañarme.

CÁRLOS. Pero....
venir aquí!

D. FERN. Nos marchamos
muy pronto: mas tan inquieto
estaba....

CARLOS. Y por qué?

D. FERN. Á Miguel
hoy aun no hemos visto.

ADELA. Es cierto!

D. FERN. Al notar su ausencia, fuí
á buscarle en su aposento;
mas esto, en vez de calmarlos,
dió á mis temores aumento,
que sin duda, allí la noche
no ha pasado.

CARLOS. ¿Cómo es eso?

D. FERN. Ó la pasó sin dormir;
que estaba intacto su lecho.

CÁRLOS. (Aparte, con pena.) ¡Pobre Miguel!

D. FERN. ¿Sabes tú
dónde se encuentra?

CÁRLOS. (Aparte.) No debo
revelar que aquí....

D. FERN. ¿Le has visto?
Responde.

CARLOS. Sí: hace un momento.

D. FERN. Y ¿por qué se tarda?
CÁRLOS. Por....
D. FERN. ¡Con tal cuidado tenernos!...
CÁRLOS. Es que....
D. FERN. ¿Va á empezar acaso
á ser ingrato á mi afecto?
CÁRLOS. No le culpe usted.
D. FERN. ¿Por qué?
CARLOS. Oh! yo asegurarle puedo....
ADELA. Él volverá á nuestro lado,
¿es verdad?
CARLOS. Así lo creo
D. FERN. Pero cuándo?
CÁRLOS. No sé....
D. FERN. Cárlos,
algo me ocultas; tu acento
no es seguro, y eso prueba,
hijo, que me estás mintiendo.
CARLOS. Yo....
ADELA. ¡Dios mio!
D. FERN. En tu semblante
y en tu mirada lo leo!
Dí? ¿por qué, por vez primera,
Miguel no está al lado nuestro?
¿por qué el insomnio le agita?
¿por qué huye de nuestro techo?
¿dónde está? ¿qué le ha pasado?
dílo, dílo sin rodeos:
pronto, que ya el corazon
á voces me está diciendo,
que si es culpable, ó si sufre,
correr á su lado debo!
CARLOS. Cálmese usted.
ADELA. Pero dinos....
de esta inquietud, á lo menos
sácanos, puesto que sabes...
CARLOS. Adela, guarda silencio!
si Miguel ausente está,
si aun á tu lado no ha vuelto,
no me preguntes la causa,
porque lágrimas de fuego
te ha de costar el saberla,
y decírtela no quiero!

ADELA. Á mí, Dios mio!

CÁRLOS. Ese traje....

ADELA. Ah! (Aparte.) Calma. (Á C.) Es... es un obsequio de María.

CÁRLOS. Calla!

ADELA. (Aparte á Cárlos.) Sabes....

CARLOS (Aparte á Adela.) Más valiera no saberlo!
ese lujo es una burla.
Si con él te hallasen...!

ADELA. (Idem.) Pero...,

CARLOS. (Idem.) Al verte así, me dá pena:
al verte así, me estremezco:
¡cuán caras van á costarnos
esas galas!

D. FERN. No te entiendo,
hijo mio.

CÁRLOS. Yo tampoco,
ahora explicarme aquí puedo;
si viene el señor de Lara....
si....

D. FERN. Tienes razon: no quiero
abusar....

CÁRLOS. Suba usted pronto
á casa.

D. FERN. Mas....

CÁRLOS. Se lo ruego.
Yo iré allí á tranquilizarle
dentro de algunos momentos;
pero antes debo advertirle
á mi principal....

D. FERN. Y luego?...

CARLOS. Sí, sí; mas se acerca alguno,
y yo no tengo derecho....
á que.... aquí....

D. FERN. Á Dios, y no olvides
la incertidumbre que llevo.

CÁRLOS. Oh! no....

ESCENA XII.

Dichos, y el SEÑOR DE LARA.

DON FERNANDO y ADELA se dirigen á la puerta derecha; el primero sale delante. CÁRLOS, en medio de la escena, les ve marchar, sin reparar en el SEÑOR DE LARA, que aparece en la puerta izquierda. Ni ADELA ni su padre le han visto. El anciano desaparece, y entonces ADELA se vuelve para CÁRLOS.

LARA. (Aparte.) ¡Quién es esa jóven!
ADELA. No digas, Cárlos....
LARA. (Aparte.) ¡Qué veo!
Acaso me engañaré!
ADELA. Tu principal!
CARLOS. Oh! fué vana
mi....
LARA. Quién? (Á Adela.) Señora....
CARLOS. Es mi hermana.
LARA. ¡Cómo! ¡Su hermana de usted!
perdon: no la conocí;
(Con intencion.) su aspecto á fé no revela....
CARLOS. Dios mio! es verdad! Adela,
ah! por qué has venido así?
ADELA. Yo....
CARLOS. Vete.
LARA. Estoy á sus piés.
CÁRLOS. ¿No te dije?...
ADELA. Oye.
LARA. (Aparte) ¿Qué espero?
CÁRLOS.)Aparte.) ¡Qué pensarán!
ADELA. Caballero....
LARA. (Aparte, viéndola salir, con amargura y cólera.)
Ah! tiene razon Andres!

ESCENA XIII.

El SEÑOR DE LARA; CÁRLOS.

CÁRLOS. (Aparte.) Desgraciada! si supiera....
LARA. (Aparte.) La aleja! ocultar pretende....
su mismo empeño le vende:
¡él me estafa, sí, él era!
Saldrá de esta casa!

CÁRLOS. (Aparte.) Oh!
solo estoy para ampararlos,
y debo quedarme.

LARA. Cárlos:
tenia que hablarle.

CARLOS. Y yo.

LARA. Hace un momento que aquí,
y al parecer indeciso,
me pidió usted el permiso
para alejarse.

CÁRLOS. Es así.

LARA. Y aunque mucho lo extrañé,
solo al escuchar su acento
no tardé un solo momento
en concedérselo á usted
Ahora tengo que añadir....

CÁRLOS. Le ruego que no concluya,
pues no es la licencia suya
lo que le vengo á pedir.
Antes, por causas que yo
siento, y que vencer no puedo,
vengo á decir que me quedo.

LARA. Que no se marcha usted?

CARLOS. No.

LARA. No comprendo la razon.

CARLOS. Desgracias son que deplora
el alma, pero....

LARA. Yo ahora
no le pido explicacion.
Mas no pudiendo dudar,
al ver cuanto le rodea,
que usted acaso desea
dejar aquí su lugar....

CARLOS. Yo!

LARA. Que ya no ha menester
su plaza, de ella he dispuesto.

CARLOS. (Con dolor y asombro.)
Dios mio! pero ¿qué es esto?

LARA. Advertirle es mi deber
que desde hoy....

CARLOS. Me vuelvo loco!
mas....

LARA. Á decir me limito,

que yo ya no necesito
de sus servicios tempoco.

CARLOS. ¡Despedido! y.... qué razon?...

LARA. ¡Harto trabajo me cuesta!

CARLOS. Mas, ¿qué he hecho?

LARA. (Con severidad.) La respuesta
pídala á su corazon.

CARLOS. (Aparte.) Sabe mi amor!

LARA. Ese afan....
esa turbacion....

CARLOS. Oh!

LARA. Calma!

CARLOS. Es, que mis padres del alma
van á quedarse sin pan!
Óigame usted por favor;
porque si es mia la culpa
yo haré....

LARA. Cárlos! no hay disculpa,
si usted confiesa su error.
Á pesar de la evidencia
dudaba aun; mas al oirle,
solo me resta decirle
que desde hoy más su presencia
aquí....

CARLOS. Si tal fué el agravio;
si con tal rigor me acusa....

LARA. (Con indignacion.) ¡Y ni siquiera una escusa
sabe formular su labio!

CARLOS. Oh! si en su pecho de usted
quedan de piedad destellos,
¡mis padres!...

LARA. Me duelo de ellos!
le juro que callaré.
Por no amargar su vejez
le despido en este instante
así: mas de hoy adelante
no olvide usted la honradez.

ESCENA XIV.

CÁRLOS, despues LUIS.

CARLOS. Dios mio, ¿qué es lo que oí?
y yo no tengo derecho

á exigir.... pero, ¿qué he hecho
para ser tratado así?
Oh! sabe el amor, no hay duda,
que fué mi encanto y mi bien!
mas.... debe saber tambien
que mi boca estuvo muda:
que guardé en mi corazon...
mas ¡ay! ¡ya sé mi delito!
¡en mi frente llevo escrito
de la pobreza el baldon!
¡por eso tan solo así
he sido arrojado hoy!
por eso tan solo, estoy
hoy despedido de aquí:
¡despedido! y á la par
Miguel.... ¡no sé lo que digo!
¡y sin amparo ni abrigo
mis padres van á quedar!
¡mis pobres padres! el llanto
brota á este recuerdo impío;
¡son tan ancianos, Dios mio!
Dios mio, y ¡les amo tanto!
¿dónde, de su bien en pos,
llegaré apoyo pidiendo?
¿dónde iré á ganar gimiendo
el sustento de los dos?
¿dónde, dónde iré á llevar
mi amargura y mi tormento?
¿dónde este dolor que siento
podré en mi pena ocultar?
oh! qué haré! mi corazon
por ellos se angustia y llora;
Dios mio, Dios mio, ahora
iluminad mi razon!

LUIS. (Entrando.) Cárlos, ¿se fué ya María?
dime....

CARLOS. María! infeliz!
qué recuerdo! pero.... Luis,
si él quisiera.... oh! Dios le envía!
ven, ven.

LUIS. Me llamabas?

CARLOS. Sí.

LUIS. Estás pálido!

CARLOS. No sé:
mas responde.
LUIS. Sí lo haré,
que me pesa verte así.
CARLOS. Sufro, y mi amargura crece,
si tú me niegas....
LUIS. No acabes:
soy tu amigo, y ya lo sabes,
mi vida te pertenece.
CARLOS. Ah!
LUIS. Me hicieras un ultraje
en dudarlo, y eres dueño....
CARLOS. (Agitado.) Dime, ¿tienes mucho empeño
en hacer ese viaje?
LUIS. Yo! por qué?
CÁRLOS. Á jurarme vas....
LUIS. No es preciso: ya te he dicho
que era el hacerlo un capricho,
pero un capricho no más.
Solo vivo, y el partir
juzgo que mi bien concilia:
al que no tiene familia
¿qué le importa el porvenir?
¿qué le importa, al que vivió
sin cariño en sus hogares,
hallar la tumba en los mares
ó en la tierra en que nació?
CÁRLOS. Entonces, voy á exigir,
de nuestra amistad en nombre,
que me dejes.... no te asombre,
en lugar tuyo partir.
LUIS. Tú que siempre con horror
mirabas.... pero ¿qué es esto?
CARLOS. Es.... que te pido tu puesto
como el último favor.
LUIS. Antes, lo que te ha pasado
necesito comprender.
CARLOS. ¿No te basta con saber
que sufro y soy desgraciado?
LUIS. Sí; mas....
Que en tu decision
está mi sola esperanza?
que yo....

LUIS. Aunque no se me alcanza,
ni comprendo la razon,
en ello consiento, sí;
hay en la vida reveses....

CARLOS. ¡Gracias, Luis, gracias mil veces
por mi familia y por mi!
que aunque á perder así va
el amor de su existencia,
á lo menos en mi ausencia
de nada carecerá!

LUIS. Y aquí?...

CÁRLOS. Nada puedo hacer!

LUIS. Tu sueldo?...

CÁRLOS. Estoy despedido.

LUIS. Tú!

CÁRLOS. Sí.

LUIS. ¿Y Miguel?

CÁRLOS. Se ha vendido,
y soldado debe ser;
por eso....

LUIS. Mas, ir tan lejos!

CARLOS. Si él se va y yo no trabajo,
dí: ¿qué será?...

LUIS. Habla más bajo.

CARLOS. De esa niña y de esos viejos?

LUIS. Es que María....

CARLOS. Ella!

LUIS. Hacer
tu suerte puede de fijo.

CÁRLOS. Muere en el alma de un hijo
el amor, ante el deber.

LUIS. Mas dejarla....

CARLOS. Era María,
blanca estrella de mi cielo!

LUIS. Y hoy te habló?

CARLOS. Á darme un consuelo,
solo dijo que venia,
y aquí un suspiro exhaló
que alentó mi confianza;
¡pura flor de mi esperanza
que entre sus lábios brotó!
el viento de la afliccion
sus leves hojas marchita;

mas, me llevo su bendita
memoria en mi corazon.
Pero yo no debo aquí
recordar.... ¡nada consigo!

LUIS. Mas....

CÁRLOS. ¿Quieres venir conmigo
á hablar con don Pedro?

LUIS. Sí,
yo le diré....

CARLOS. Y haga Dios
que no se muestre contrario;
ven, y así....

LUIS. No es necesario:
por allí vienen los dos.

ESCENA XV.

Dichos, DON PEDRO y el SEÑOR DE LARA.

Salen hablando del despacho del último, y bajan á la escena sin reparar en los jóvenes hasta que lo marca el diálogo.

LARA. Con que al fin era verdad?

D. PED. Yo ese recibo tenia
que entre otros....

LARA. ¡Y yo creia
perdida esa cantidad!

D. PED. Tuya la equivocacion
fué tan solo, y lo he notado
por....

LARA. ¡Qué peso me has quitado
de encima del corazon!

D. PED. De veras?

LARA. Te explicaré....
ah! juntos aquí!

CARLOS. (Á Lara.) Señor,
en busca íbamos....

LUIS. (Á Cárlos.) Valor!

LARA. (Á idem.) Sí?

CÁRLOS. De don Pedro y de usted.

LUIS. Le íbamos á suplicar....

CÁRLOS. (Á don Pedro.) Luis, marchar no necesita,
y le ruego que permita
que yo vaya en su lugar.

D. PED. Cómo! usted?
LUIS. Me suplicó...,
D. PED. Sin duda Cárlos se olvida....
CÁRLOS. Va en ello más que mi vida:
no me diga usted que no.
D. PED. Pero Luis..,?
CÁRLOS. Con él aquí
hablé, y á mi ruego cede.
D. PED. Pues si él su puesto concede....
CARLOS. Entonces, usted...?
D. PED. Bien, sí,
no hay dificultad ninguna.
CARLOS. Con que iré?
LUIS. Ensancha tu seno!
D. PED. Usted es un jóven bueno,
digno de mejor fortuna.
CARLOS. Gracias! yo bendeciré
su nombre siempre.
LARA. (Aparte.) Qué idea!
este empeño tal vez sea
porque yo aquí.... mas ¿qué haré?
CARLOS. Ahora le voy á exigir
su indulgencia, pues....
D. PED. ¿Qué resta?
CARLOS. Dios sabe cuánto me cuesta
lo que le voy á pedir!
LUIS. (Aparte.) Qué querrá!
CARLOS. Dicen que llevo
una ganancia brillante?
D. PED. Sí.
CARLOS. Pues bien; en este instante....
yo quisiera...., ¡no me atrevo!
D. PED. Por qué esa vacilacion?
CARLOS. Por.... aunque es mi suerte triste,
¿cree usted que un resto existe
de honor en mi corazon?
LARA. (Aparte.) Oh! si en esa duda está,
yo le diré el error mio;
mas solos.
D. PED. Yo, en usted fio
igual que en mí mismo.
CARLOS. Ah!
me comprende usted.

D. PED. Dudar!
oh! no.
CÁRLOS. Pues bien; ahora quiero
la mitad de ese dinero
que lejos he de ganar.
LUIS. Cárlos....
CÁRLOS. ¡Solo la mitad!
y en tan remotas orillas
le serviré de rodillas
bendiciendo su bondad.
LARA. Ese empeño....
D. PED. Vamos, calma;
sosiegue usted sus enojos,
que estoy leyendo en sus ojos
la agitacion de su alma.
CARLOS. Es que....
D. PED. Hable usted sin cuidado:
sé que á su familia adora,
y nunca intentó hasta ahora
separarse de su lado.
¿Por qué hoy se quiere alejar
olvidando su ternura?
Si esto fuera una locura
de jóven, debo evitar
que realice....
CÁRLOS. No lo es!
El infortunio me abruma,
mas....
D. PED. (Con bondad.) Y, para qué esa suma
quiere con tanto interés?
LARA. (Aparte.) Y, no, yo no puedo ahora
decirle.... luego.
D. PED. Sintiera,
que usted, sin pensarlo, hiciera
alguna calaverada.
LUIS. Habla!
CÁRLOS. (Con emocion creciente.) Anhelo ese dinero,
no para un capricho vano;
es.... por salvar á mi hermano
que es soldado y yo no quiero.
Para que vuelva mañana
de nuestro hogar al calor,
y que aliente con su amor

á mi pobre madre anciana.
Tambien le quiero, ¡ay de mí!
para dárselo á mi padre,
aunque su pecho taladre
el precio á que le adquirí:
para cuidar su existencia,
para calmar su tormento,
para que tengan sustento
durante mi larga ausencia
para poderles decir
el amor del alma mia,
y aunque lejos, que algun dia
me bendigan al morir!
Ya sabe usted mi interés,
y porqué esa suma quiero!...
y ya vé usted caballero,
que una locura no es!

LUIS. Cárlos!

LARA. (Aparte.) Ah!

D. PED. Tiene razon:
esa mano; yo confio....
¡Vale usted mucho, hijo mio!
¡mucho! mas.... esa emocion!

CARLOS. No la pretendo ocultar:
y si hoy aquí mi faz sella,
no me avergüenzo por ella,
que no es un crímen llorar:
vacilo al pensar que aquí
queda cuanto amo en el mundo;
vacilo, al ver el profundo
vacío que llevo en mí....
al saber y al recordar
que en mi doliente amargura,
me obliga la desventura,
patria y familia á dejar;
y en tan distante region
vendrá la noche á envolverme,
de mi madre sin traerme
la postrera bendicion!

LUIS. Repara....

CÁRLOS. Es verdad! olvido
que no debo.... ahora.... si puede,
diga usted si me concede

el favor que le he pedido.

D. PED. Sí, amigo mio, lo haré:
pida usted, pida sin tasa.

LARA. Aquí puedes....

D. PED. No, en mi casa:
Luis, ¿nos acompaña usted?

LUIS. Bien.

LARA. (Aparte.) Oh! le habré de decir....
(Á Cárlos.) Aquí hablarle á solas luego
quiero. Cárlos, yo le ruego....

CÁRLOS. Volveré antes de partir.

ESCENA XVI.

El SEÑOR DE LARA: despues MARÍA.

LARA. Cárlos! oh! loco me hallaba
cuando un momento dudé....
mas sus palabras.... no sé....

MARÍA. Se marcha!

LARA. Oiste?

MARÍA. Allí estaba!

LARA. Pero tú lloras!

MARÍA. Ay! padre,
este llanto, si viviera,
á depositarlo fuera
en el pecho de mi madre!

LARA. ¿Qué estás diciendo?

MARÍA. Ay de mí!
perdí mi dicha y mi calma
por siempre!

LARA. No, hija del alma,
no, porque aun estoy yo aquí!

MARÍA. Pues en tu seno de amor
recibe....

LARA. Tu voz me aterra!

MARÍA. Esta lágrima que encierra
padre, mi primer dolor.

LARA. (Aparte.) Qué sospecha! (Á María.) Á la verdad
yo no te comprendo!

MARÍA. Ay triste!
que anhelabas no dijiste
solo mi felicidad?

LARA. Si!

MARÍA. Pues si vas de ella en pos,
haz tú que....

LARA. Maria, calla!

MARÍA. ¡Haz que Cárlos no se vaya!
¡que no se vaya.... por Dios!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del PRIMER ACTO.—Es de noche.

ESCENA I.

ADELA.

Me engaña mi afan: creí
que estaba Cárlos de vuelta,
y que el rumor de sus pasos
percibia en la escalera;
¿y Miguel? ¿dónde estará?
hoy aquí por vez primera
lleno de angustia y temores,
notó el corazon su ausencia!
Oh! ahora sí que es verdad,
y que alguno sube.

ESCENA II.

Dicha: MIGUEL.

MIGUEL. Adela.
ADELA. Ah! que es Miguel!
MIGUEL. Sí, yo soy!
ADELA. Gracias á Dios que te veo!
MIGUEL. Me esperabas?
ADELA. Ya lo creo!
mas ¿dónde has estado hoy?
MIGUEL. En....

ADELA. Nuestra madre tenia
tal inquietud, tal cuidado!

MIGUEL. ¿Y tú?

ADELA. Yo....

MIGUEL. Acaso, has pensado
tambien en mí, Adela mia?

ADELA. Aun no sé si deberé
enfadarme ó perdonarte.

MIGUEL. Tú?

ADELA. Por ventura, en qué parte
has pasado el dia sé?

MIGUEL. Yo te juro....

ADELA. Excusa vana:
si me amaras....

MIGUEL. Yo te ruego....

ADELA. (Con cariñosa reconvencion.)
Tener aquí sin sosiego
á su madre y á su hermana!
no venir al despertar
como siempre....

MIGUEL. Injusta eres!

ADELA Á decirlas que las quieres.

MIGUEL. Y lo has podido dudar?

ADELA. Casi me encuentro indecisa.

MIGUEL. No juzgues, Adela, agravios
lo que es amor; y en tus labios
brille para mí la risa.

ADELA. (Cariñosa y con coqueteria.)
Y es amor estar ausente
sin decir?...

MIGUEL. Tu enfado deja,
y no con reproche y queja
pagues este afan ardiente.

ADELA. Es que, Cárlos, sin razon
casi me acusó.

MIGUEL. ¿Qué dijo?

ADELA. No lo recuerdo de fijo,
mas me oprimió el corazon.
Y no sé lo que temí,
que en medio de mis enojos,
acudió el llanto á mis ojos
y temblé, Miguel, por ti.
Creí no volverte á ver:

qué sé yo! y que no te riña
quieres luego?

MIGUEL. (Aparte.) Pobre niña!
Oh! cuando llegue á saber!
recordando su pesar
mi corazon se estremece!

ADELA. Esto castigo merece.

MIGUEL. Adela!

ADELA. Y voy á pensar....
mas, que perdone me advierte
mi corazon agitado,
pues borra el dolor pasado
la inmensa dicha de verte.
Pero una condicion mia
has de aceptar.

MIGUEL. Y cuál es?

ADELA. Que no pases otra vez
ausente de casa un dia.

MIGUEL. Ah!

ADELA. Lo juras?

MIGUEL. Para qué?

ADELA. Porque quiero estar segura
que nuestra dulce ternura
no olvides.

MICUEL. Jamás lo haré

ADELA. Hay algunos que no cuidan
de la afliccion que en pos dejan,
y....

MIGUEL. Todos los que se alejan
no son ingratos, ni olvidan!
muchos, de triste agonía
llevan un mundo en el alma,
y ni nunca esperan calma
ni esperan nunca alegría:
y sin embargo, en los lazos
sujetos de su destino,
emprenden ¡ay! su camino
con el alma hecha pedazos;
y van de su suerte en pos
agotando su quebranto,
mientras su angustia y su llanto
tan solo comprende Dios!

ADELA. Miguel, por qué hablas así?

me causa pena el oirte.

MIGUEL. Hoy necesito decirte
cuanto pasa, Adela, en mí.
Juntos, en dulce quietud
pasamos nuestra existencia:
á la edad de la inocencia
sucedió la juventud:
de entonces en mi ilusion
te consagré, hermana mia,
todo el afecto que habia
guardado en mi corazon.

ADELA. No digas....

MIGUEL. Te amé, al mirar
tu dulce y santa belleza,
con la tranquila pureza
que puede un ángel amar.
Mas tu fé, no te pidió
mi pecho en su afan violento,
ni te exigió un juramento,
ni dudar se me ocurrió:
porque en mi ciega pasion
al contemplarte, creia
que el cielo formado habia
para mí, tu corazon.

ADELA. Y hoy dudas?

MIGUEL. No dudo: mas
si quieres darme la calma,
dime que este amor del alma
no vas á olvidar jamás.
Júrame, que si algun dia
por mi desgracia te pierdo,
conservarás un recuerdo
de tu ternura y la mia;
dí....

ADELA. No puedo comprender
cuanto escuchándote estoy,
por qué exiges de mí hoy
lo que no exigiste ayer;
dime ¿qué mudanza es esta,
ó dime, si lo prefieres,
por qué en tal momento quieres
que yo te dé una respuesta?
pues al escucharte aquí,

me agita un temor cruel:
¿qué es lo que pàsa, Miguel,
para que me hables así?

MIGUEL. Oh! nada; yo te lo juro!
(Aparte.) turbar su calma inocente!

ADELA. Entonces, mira el presente,
pero olvida lo futuro.
Y no me inquietes, por Dios;
pues tú y Cárlos, cierta estoy,
os habeis propuesto hoy
á entristecerme los dos.
Mira, él viene.

ESCENA III.

Dichos y CÁRLOS.

MIGUEL. (Aparte.) Estoy dudando...
CARLOS. ¿Y nuestros padres, Adela?
ADELA. Ambos, inquietos y en vela
allí te están aguardando;
como es tarde....
CARLOS. Miguel!
MIGUEL. Sí.
ADELA. Era tanto su desvelo
que los dos....
CARLOS. (Aparte.) Gracias al cielo,
que pude encontrarle aquí!
le diré... mas no; él acaso
á mi marcha se opondria
cuando vengo á... (Á Adela.) Hermana mia,
déjanos solos.
ADELA. De paso
á nuestra madre....
CARLOS. Lo apruebo.
ADELA. Diré que viniste ya.
(Aparte.) Y así no reparará
que aun llevo mi traje nuevo.

ESCENA IV.

CÁRLOS, MIGUEL.

CARLOS. Le has dicho, Miguel?...
MIGUEL. Oh! nada!
temí causarla un pesar;
temí con llanto empañar
de sus ojos la mirada.
CÁRLOS. Cuando acá me dirigí,
no juzgué que te iba á ver.
MIGUEL. Aunque pensé no volver,
el alma me trajo aquí.
Si en breve me he de alejar,
si habremos de estar distantes
¿por qué perder los instantes
que aun puedo á su lado estar?
CARLOS. Tanto la quieres?
MIGUEL. Oh! sí!
como á un ensueño de gloria,
como á la santa memoria
de la madre que perdí.
CARLOS. Luego tu felicidad
á su lado encontrarias,
y á ella dichosa la harias,
muy dichosa, no es verdad?
MIGUEL. Cárlos!
CÁRLOS. ¿Para ellos tambien
serias, de afecto lleno,
un hijo amoroso y bueno,
y un consuelo y un sosten?
MIGUEL. Á qué lo he de repetir,
si en esta casa se encierra
mi único bien en la tierra
y mi solo porvenir.
Pero en momento tan grave,
recordar esto es cruel!
CARLOS. Y si te quedas, Miguel?
MIGUEL. Que si me quedo!
CARLOS. Quién sabe!
MIGUEL. Calla!
CÁRLOS. Firmaste el papel

que de libertad te priva?

MIGUEL. Aun no pudo ser; yo iba
á estampar mi firma en él,
mas fué forzoso además....

CARLOS. Y el dinero te entregaron?

MIGUEL. De mi honradez se fiaron
y así me obligaron más.

CARLOS. Entonces, si devolver
la suma fuera posible?...

MIGUEL. Cárlos, eso es imposible;
eso nunca puede ser:
y vé que mi pena olvidas,
y no es en verdad razon
jugar con el corazon
entre esperanzas mentidas.

CÁRLOS. Y si yo te juro aquí
que haré....

MIGUEL. Dime....

CÁRLOS. Sé discreto:
deja que guarde el secreto,
mas ten confianza en mí.

MIGUEL. Cómo! qué dices? tú puedes....
vamos, es un desvarío
el pensar....

CARLOS. Hermano mio,
yo puedo hacer que te quedes.

MIGUEL. No me convences: creerte,
Cárlos, con el alma quiero;
mas debo saber primero
de qué medio has de valerte.

CÁRLOS. Te empeñas?... (Aparte.) Finjamos!

MIGUEL. Sí.

CÁRLOS. Hoy mi principal....

MIGUEL. Acaba.

CARLOS. Vió el pesar que me angustiaba
al separarte de mí:
la causa me preguntó,
yo.... se la dije al momento;
y él con cariñoso acento
remediarla me ofreció:
yo dudé... sentia tanto...
mas de un modo allí me instó,
que al cabo....

MIGUEL. Qué?

CARLOS. Me obligó
á aceptar como adelanto....

MIGUEL. Y podrá?...

CARLOS. Puede bastar,
á que el duelo en gozo mudes.

MIGUEL. Es posible!

CÁRLOS. No lo dudes;
mañana te habré de dar....

MIGUEL. Cuánto te debo!

CÁRLOS. No, no!

MIGUEL. Si vieras cuánto sufria!
la amargura que sentia
vieron solo Dios y yo!
Partir! oh! nunca sabrás
lo que estaba padeciendo.

CÁRLOS. Hermano, yo lo comprendo:
sí, ¡lo comprendo demás!

MIGUEL. Jamás podemos saber
cuánto á los nuestros amamos,
hasta que á pensar llegamos
que los vamos á perder!

CÁRLOS. Miguel!

MIGUEL. Déjame gozar:
me parece en mi alegría
que ya perdido os habia
y que ahora os vuelvo á encontrar.
Ya siempre estarás conmigo:
juntos todos: no es verdad?
qué mayor felicidad?

CARLOS. Anda á hacer lo que te digo;
vé á buscar....

MIGUEL. En tí confio!
cuanto soy te pertenece.

CÁRLOS. Calla: esto solo merece....
un abrazo, hermano mio!

MIGUEL. Con el alma!

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Cuánta hiel,
y cuánto pesar devoro!
(Á Miguel.) Volverás pronto?

MIGUEL. Lo ignoro.

CARLOS. Entonces.... á Dios, Miguel!

ESCENA V.

CÁRLOS: despues DON FERNANDO; DOÑA ISABEL.

CARLOS. Anda en pos de la ventura!
dichoso él que aquí se queda,
y Dios haga que yo pueda
soportar esta amargura.
Mis padres... voy á saber
donde están: á verlos voy,
y temo, y dudo, y estoy
cual si un crímen fuera á hacer.
Corazon, aunque yo muera,
tu dolor oculto ten:
¡que no sepan que me ven
quizá, por la vez postrera!

D. FERN. (Entrando.) Ven, Isabel, aquí está,
Adela le vió.

D.ª ISAB. Mi anhelo
al fin va á calmar el cielo,
porque Cárlos nos dirá
la causa de que su hermano
esté fuera todo el dia.

CÁRLOS. Si ha venido, madre mia;
esa inquietud es en vano.

D. FERN. Yo no le he visto.

CÁRLOS. Yo sí!

D. FERN. Y ha vuelto á salir sin vernos?

D.ª ISAB. Con tal cuidado tenernos,
sin pensar,....

CÁRLOS. Múy pronto aquí
estará ya.

D. FERN. No concibo
entonces, ni entender sé,
lo que antes dijiste.

CÁRLOS. Fué...
que me alarmé sin motivo.

D. FERN. Es de veras?

CARLOS. Sí séñor;
sin razon tuve cuidado.

D. FERN. Qué mal rato me has causado
con tu infundado temor!

Al escucharte, creí
que algun mal nos esperaba,
y sin saber qué pasaba,
Cárlos, todo lo temí.
Mi única ventura, es
vuestro amor, y tengo miedo
si pienso que perder puedo
á cualquiera de los tres!
Es al corazon tan cara
vuestra presencia querida,
que yo....

D.ª ISAB. Si sois nuestra vida!
mas ¿viste al señor de Lara?
dí: le pudistes hablar
hoy de tu marcha?

CARLOS. Allí ahora....

D.ª ISAB. Y consiente?

CÁRLOS. Sí señora·
oh! sí: me deja marchar!

D.ª ISAB. El cielo le haga dichoso
por su indulgencia contigo!

CARLOS. Sí, madre mia, hoy conmigo
ha sido.... muy bondadoso.

D. FERN. Aunque turbe mi quietud
este viaje, hijo mio,
yo le anhelo, pues confio
que ha de darte la salud.

D.ª ISAB. Si pudieras comprender
con cuánta fe y alegría
voy, hijo, á esperar el dia
en que he de volverte á ver!
Veinte dias, ¿es verdad?
ni uno mas; pero en mi pena,
para el alma de afan llena
serán una eternidad!

CARLOS. Madre, madre, por favor;
esto el corazon amarga!

D.ª ISAB. Si fuera una ausencia larga,
me mataria el dolor.

D. FERN. Pero ¿á qué vas á pensar
en ese soñado duelo,
si nunca, gracias al cielo,
nos hemos de separar?

Si de dicha en santa prenda,
Dios, que de los padres cuida,
nos deja que de la vida
juntos crucemos la senda?
Desgraciado el que sin calma,
si el infortunio le hiere,
lejos vive, ó lejos muere
de las prendas de su alma:
y respirando otras brisas,
no tiene en extraños lares
quien endulce sus pesares,
quien comparta sus sonrisas.

CARLOS. (Aparte.) ¡Oh!

D. FERN. Y felices de nosotros,
que unidos así vivimos,
y esas penas no sentimos
que sufren y sienten otros.

D.ª ISAB. Yo esos dolores prolijos
comprendo, y en mi sosiego
por las tristes madres ruego,
separadas de sus hijos.

CARLOS. (Aparte.) Dios mio, esto es demasiado,
y si Tú no me sostienes,
no puedo!

D. FERN. Pero ¿qué tienes?

CARLOS. Nada.... es que estoy fatigado.

D.ª ISAB. Cárlos!

CARLOS. Hoy ha sido un dia
muy penoso para mí!

D.ª ISAB. Trabajaste mucho?

CARLOS. Sí.
Mas que nunca, madre mia.

D.ª ISAB. Y no poder!...

(Se oye á lo lejos las campanadas de las diez en un reloj: Cárlos se estremece y no se puede dominar.)

CARLOS. ¡Ah!

D. FERN. Qué es?

CÁRLOS. Es.... (Aparte.) Y Luis á venir vá!

D.ª ISAB. Dices?...

CARLOS. Que.... es tan tarde ya,
que quisiera....

D. FERN. Son las diez.

CÁRLOS. Pero.... segun su costumbre

ya debieran.... (Aparte.) Es cruel!

D.ª ISAB. Mas, ¿y si vuelve Miguel?

CÁRLOS. No pase usted pesadumbre,
que yo le puedo esperar.

D.ª ISAB. Tú, hijo mio!

CÁRLOS. Y ambos luego....

D.ª ISAB. No!

CÁRLOS. Ceda usted á mi ruego,
y vayan á descansar.

D. FERN. Por qué es ese afan?

CÁRLOS. No hay tal;
acaso en mí se revela?

D. FERN. Creí....

CÁRLOS. El estar más en vela
pudiera causarles mal.

D.ª ISAB. Ves? por nosotros se afana.

D. FERN. Es verdad!

D.ª ISAB. Y luego quieres....

D. FERN. Yo....

D.ª ISAB. Cárlos, qué bueno eres!

CÁRLOS. (Aparte.) Oh! me ahogo!

D.ª ISAB. Hasta mañana.

D. FERN. Á Dios, sí: no más reproches.

(Doña Isabel se dirige á su cuarto: al verla próxima á desaparecer, Cárlos no puede contenerse y exclama con un grito del alma:

CÁRLOS. Madre!

D.ª ISAB. (Volviendo.) Qué?

CÁRLOS. (Dominándose con gran trabajo.) Nada!

D.ª ISAB. Creia
que llamaste.

CÁRLOS. Madre mia,
es....

D.ª ISAB. Habla.

CARLOS. Es.... es.... que otras noches....

D.ª ISAB. Sigue....

CARLOS. Ahora recuerdo aquí,
con su dulce amor ufano,
que.... me dió á besar su mano
al separarse de mí.

D.ª ISAB. Oh! toma, y mi vida en pos,
no lo sabes?

D. FERN. Ese empeño....

CARLOS. Ah! sí.

(Cárlos toma la mano de su madre, y al besarla apoya la frente en ella; despues se dirige á su padre y besa tambien su mano, procurando ocultar su llanto y su gran emocion.)

D.ª ISAB. Dios vele tu sueño,
hijo mio.
CARLOS. Padre!
D. FERN. Á Dios.

ESCENA VI.

CÁRLOS.

(Con explosion de sentimiento.)
¡Á Dios tranquilo y suave
amor puro de mi ser
que ya en el alma no cabe!
¡á Dios los dos! ¡ay! ¡quién sabe
si he de volverlos á ver!
Lleno de angustia inhumana
les ví alejarse de mí:
¡cuál será su pena insana
cuando despierten mañana
y no me encuentren aquí!
Parece que estoy oyendo
sus gemidos de afliccion:
que llorar les estoy viendo:
parece que estoy sintiendo
su duelo en mi corazon.
Valor! les escribiré,
y así despues que yo parta,
el triste á Dios les daré:
mas, cómo empiezo mi carta?
qué les digo? no lo sé!
preciso es romper los lazos
de mi vida y mi ilusion
y arrancarme de sus brazos:
vamos, no te hagas pedazos,
no te rompas, corazon:
que si hoy no lates sereno,
si te ahoga el padecer,
puedes decir de fé lleno
que eres el de un hijo bueno

y cumples con tú deber.
(Sentándose á la mesa y escribiendo.)
¡Padre mio! ¡pobre anciano!
nada le debo ocultar:
le diré.... ¡consuelo vano!
¡ay! que me tiembla la mano
estas líneas al trazar!
(Escribe algunos momentos, antes de la entrada de Luis)

ESCENA VII.

CÁRLOS, LUIS.

LUIS. (Entrando.) Cárlos!
CARLOS. Eres tú?
LUIS. Yo soy!
CARLOS. Al fin!
LUIS. Pues dudaste de ello?
no te ofrecí que vendria?
CARLOS. Oh! sí.
LUIS. Que en estos momentos
me tendrias á tu lado
para animarte?
CARLOS. Sí, pero....
yo temia....
LUIS. Mas, qué haces?
á quién estás escribiendo?
CARLOS. Á mis padres.
LUIS. Cómo!
CÁRLOS. Luis,
así me despido de ellos.
LUIS. Ah!
CARLOS. No he tenido valor
de decirles que me ausento,
temiendo su justa pena
y sus lágrimas temiendo.
LUIS. Mas....
CÁRLOS. Qué quieres? me aman tanto!
LUIS. Nada saben segun eso?
CÁRLOS. Nada: que se retirasen
conseguí con un pretesto,
y tal vez en este instante
cierran sus ojos al sueño,

sin sospechar que mañana
su despertar será el duelo.

LUIS. Cárlos....

CÁRLOS. Sin pensar siquiera,
ni temer por un momento
¡ay! que el hijo de su alma
se encuentra lejos, muy lejos!

LUIS. Has hecho bien: así evitas
dar pávulo al sentimiento,
que una despedida mata
y acrecienta el desconsuelo.

CARLOS. En esta carta pondré
los billetes.... (Cerrando la carta.)

LUIS. El dinero?

CARLOS. Que debo á la confianza
y á la bondad de don Pedro.
Ya está.

LUIS. Mas, los pones todos!
y tú?

CÁRLOS. Luis, yo nada quiero:
con esta suma podrá
Miguel ser libre de nuevo:
lo restante bastará
á que tengan mucho tiempo
para vivir; y si acaso
algo les falta, yo cuento
contigo siempre; es verdad?

LUIS. Sí, Cárlos, puedes hacerlo.

CÁRLOS. Tú vendrás todos los dias
á consolarles, no es cierto?
á hablarles de mí, á decirles
que al partir....

LUIS. Te lo prometo:
mas recuerda que á las doce....

CÁRLOS. Es verdad; cuán poco debo
estar aquí ya!

LUIS. No puedes
perder un solo momento.
Si al fin vas á despedirte
del señor de Lara, creo
que ahora mismo....

CÁRLOS. Sí, es forzoso!

LUIS. Entonces.... pero, vacilas?

dudas ahora?

CÁRLOS. Es que me dejo
prendas que me son tan caras,
que al ir á ausentarme siento
que aquí se queda con ellas
roto en pedazos el pecho.

LUIS. Hé! ten valor, y sé hombre:
vamos ya.

CÁRLOS. No sé qué siento:
quiero dejar esta casa
y dar un paso no puedo:
¡mis padres, mis pobres padres!
¡ah!

LUIS. Ya volverás á verlos

CÁRLOS. Y si al volver no les hallo?

LUIS. No pienses eso.

CÁRLOS. Y si han muerto!

LUIS. Ánimo!

CÁRLOS. Son tan ancianos
ellos, y yo voy tan léjos!

LUIS. Calla; vas á despertarlos;
vas así á turbar su sueño.

CARLOS. Conservádmelos, Dios mio!
que vivan á mi regreso!

LUIS. Ven.

CÁRLOS. Á Dios, mi pobre hogar,
tan apacible y tan bello;
dulce amor de la familia,
santo y purísimo afecto,
á Dios quizá para siempre!
¡Madre!

LUIS. Vente ya: acabemos!

(Cárlos dirige una última mirada al cuarto de sus padres, y despues sigue á Luis. que le empuja hácia el foro. La escena queda un momento sola: D.ª Isabel aparece á la entrada de su habitacion, y despues de prestar atencion un momento, se adelanta lentamente.)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL.

Me pareció que escuchaba
de dos voces el acento,

y que me llamaba Cárlos
creí escuchar, aunque lejos.
Madre, dijo: sí, no hay duda.
Sin embargo, nada siento;
¿si dormirá? ¿si seria
que me nombraba en su sueño?
esperaré: no percibo
(Llega hasta la puerta de Cárlos, y escucha con atencion)
ni un leve rumor, ni un eco,
y no sé por qué agitado
late el corazon inquieto.
¿Si no estarán en su cuarto?
¿si habrán salido? veremos:
Cárlos, Cárlos: no responde!
(Más alto.) Cárlos, Cárlos! oh! qué es esto?
Fernando, hija mia, Adela!
venid los dos: tengo miedo!

ESCENA IX.

Dicha, DON FERNANDO, y ADELA; esta última con una luz.

ADELA. Madre!
D.ª ISAB. Hija mia! Fernando!
D. FERN. Qué tienes?
D.ª ISAB. Oh! ven aquí:
¿hay luz? respóndeme.
ADELA. Sí.
D. FERN. Mas, qué veo! estás temblando!
D.ª ISAB. Sí, que me ahoga el pesar,
y el alma turbada siento;
que en ella un presentimiento
dice que debo temblar.
D. FERN. No lo comprendo!
D.ª ISAB. Yo sí,
y haga Dios no se realice.
ADELA. (Al soltar la luz en la mesa, vé la carta que escribió Cárlos.)
Una carta!
D.ª ISAB. Hija! y.... qué dice?
ADELA. (Leyendo el sobre.) «Á mis padres.»
D.ª ISAB. Ay de mí!

¿y es la letra de Miguel
ó....

ADELA. De Cárlos.

D.ª ISAB. Yo desvarío!
¿qué es lo que encierra, Dios mio,
en su fondo ese papel?

ADELA. En esta mesa se hallaba.

D. FERN. Y él está en su cuarto?

D.ª ISAB. No!
que á mi voz no respondió
cuando mi voz le llamaba.

ADELA. Mas mi hermano....

D. FERN. Esto me aterra.

D.ª ISAB. Dios mio, ¡qué le ha ocurrido
que á decir no se ha atrevido
y en esta carta se encierra!

ADELA. Hace un momento le ví.

D. FERN. Dame; por ella saldremos
de dudas.

(Al abrir la carta don Fernando, caen al suelo los billetes que debió meter Cárlos.)

D.ª ISAB. Lee y sabremos.

ADELA. Billetes de banco!

D. FERN. Sí!

ADELA. Oh! veamos pronto, padre.

D. FERN. (Aterrado al leer las primeras lineas.)
Dios mio!

ADELA. Qué?

D.ª ISAB. Qué agonia!

ADELA. Diga usted.

D. FERN. No; eso seria
asesinar á su madre:
no puedo acabar!

D.ª ISAB. Fernando,
ese papel, qué revela?

D. FERN. No me preguntes.

D.ª ISAB. Adela,
lee tú, yo te lo mando.

ADELA. Yo....

D.ª ISAB. No ves que en mis enojos
desesperada y sin calma,
llevo la noche en el alma
llevo la noche en los ojos!

D. FERN. En llanto el pecho se anega.
ADELA. Yo, no sé, si deberia....
D.ª ISAB. Ve que es tu madre, hija mia,
tu madre quien te lo ruega.
ADELA. Padre?...
D. FERN. (Con decision.) Sí.
D.ª ISAB. Por mi ternura!
D. FERN. (Dando la carta á Adela.)
Toma y lee! á qué dudar?
yo tambien quiero apurar
esta copa de amargura!
ADELA. (Leyendo.) «Padre mio, cuando aquí
»lean este á Dios amante,
»ya me encontraré distante
»del hogar en que nací.»
D.ª ISAB. Distante dice?
ADELA. Eso es.
D.ª ISAB. No te engañas?
ADELA. No señora.
D.ª ISAB. Sigue, Adela, sigue ahora,
aunque yo muera despues.
ADELA. Oh! (Continuando la lectura.) «Miguel oido dió
»á un error que yo deploro,
»y en su desvarío, el oro
»que no era suyo gastó.»
(Aparte.) ¡Qué dice! (Leyendo.) «Y al remediar
»esta falta cometida,
»iba su bien y su vida
»por siempre á sacrificar;
»mas si turbó su razon
»un momento de locura,
»hoy le salva mi ternura,
»le salva mi corazon:
»probando un cáliz de hiel
»voy á América....»
D.ª ISAB. Hijo mio!
ADELA. «Y esta suma les envio
»para ustedes, para él;
»pague así..» (Con dolor) Ay! todo lo entiendo!
yo causé su perdicion!
yo he sido! ¡padre, perdon!
D. FERN. (Con acento concentrado, cogiéndola del brazo y levantándola á la altura de la luz.)

Silencio! y sigue leyendo.

ADELA. (Leyendo con creciente emocion y ahogada por las lágrimas.) «Al cruzar el Occeano,
»yo solo.... solo les pido
»que quieran dar al olvido
»esa falta de mi hermano;
»y en la santa embriaguez
»de su amor puro y ardiente,
»el nombre del hijo ausente
»pronuncien alguna vez;
»y usted, madre, de dolor
»cual pura y sola primicia,
»envíeme una caricia
»ó una palabra de amor,
»que la llevará á mi anhelo,
»de mi buque tras la estela,
»la Madre de Dios, que vela
»por los hijos sin consuelo.
»Mi vida dejo á los dos,
»y al valor haciendo agravio,
»apenas puede mi labio
»decirles, á Dios, á Dios!»
(Rompiendo en llanto.) ¡Ay de mí!

D. FERN. Se va á marchar!

D.ª ISAB. (Con un grito del alma.)
Hijo, á Dios! yo te bendigo:
la Vírgen vaya contigo,
sobre la bruma del mar!

ADELA. Por mí!

D. FERN. Qué vas á decir?

ADELA. Yo obligué á Miguel....

D. FERN. Dios santo!

ADELA. Quise un traje: vió mi llanto,
y no supo resistir;
ayer.,..

D.ª ISAB. Calla; te comprendo:
dijiste.... ¡fatal idea!
(Dejándose caer en una silla.)

ADELA. Madre, mi disculpa sea
el llanto que estoy vertiendo:
perdon!

D. FERN. Oh! no, no hay perdon!
¿por qué mi voz no escuchaste?

¿por qué, responde, llenaste
de duelo mi corazon?
¿qué has hecho de la ternura
de ese jóven, que en su pecho
te hizo un altar? y qué has hecho,
dime, de nuestra ternura?

ADELA. Dios mio!

D. FERN. La que olvidada
del bien y de la bondad,
solo está á la vanidad
y al orgullo consagrada,
y en su funesta pasion,
bajo su falso atavío,
lleva el corazon vacío,
lleva helado el corazon,
y solo cifra su encanto
en torpes galas menguadas,
y las lleva, aunque empapadas
estén en gotas de llanto;
no....

ADELA. Su enojo me estremece;
madre, madre! usted pudiera....

D. FERN. Esa mujer, ni siquiera
amor ni piedad merece:
que no es el ángel á quien
en su designio divino,
puso el cielo, en el camino
del hombre, para su bien;
no es la rosa, que en su amor
de Dios el aliento agita;
es solo una flor maldita
sin aroma y sin color:
es la zarza que ocultar
puede el ramaje lozano,
mas que desgarra la mano
del que la llega á tocar:
que gasta del mal en pos
la sávia del alma toda,
de la diosa de la moda
haciendo su solo Dios!
y en sus antojos prolijos,
si es su fortuna sucinta,
venderá por una cinta

el pan de sus tiernos hijos!

ADELA. Oh!

D. FERN. De sus padres, no hará
la lenta vejez dichosa,
ni podrá ser buena esposa,
ni buena madre será.

ADELA. Oh! no, no seré yo así!

D. FERN. Tu afan....

ADELA. Á olvidarlo llego,
y con lágrimas de fuego
lamento mi falta aquí:
y usted las aceptará,
que su indulgencia le abona,
y si un padre no perdona,
quien ¡ay! perdonar podrá?

D. FERN. (Cogiéndola del brazo y señalando el traje que viste.)
Y en ese atavío vano
que tu loco empeño fija,
¿qué hay de comun con la hija
de este honrado y pobre anciano?

ADELA. (Comprendiendo á su padre y entrando por la puerta izquierda.)
Ah! yo lo seré: es verdad!

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON FERNANDO.

D. FERN. Isabel!

D.ª ISAB. Desesperada,
estoy cual rama tronchada
por la recia tempestad!
mi llanto á mares no brota,
que estancado en mi tormento,
caer, Fernando, le siento
en el alma gota á gota!

D. FERN. Hijo! y habrá de partir?

D.ª ISAB. Cárlos!

D. FERN. Y á perderle vamos!

D.ª ISAB. Mas por qué mientras lloramos,
por qué le dejamos ir?

D. FERN. Él dice....

D.ª ISAB. (Con desesperacion.) Excusa mentida!

¿adónde está ese dinero?
no le quiero, no le quiero,
que es el precio de mi vida!
vamos: mas dudas? lo extrañas?
responde pronto!

D. FERN. Isabel!

D.ª ISAB. Es, que vendemos por él
al hijo de mis entrañas!

D. FERN. Lo devolveremos, oh!
y él quedará á nuestro lado.

D.ª ISAB. Pero.... y si ya se ha marchado!

D. FERN. Si se ha marchado? no, no!

D.ª ISAB. Corramos; mi frente estalla!
yo iré, le diré que exijo....
(Corre desesperada á la puerta, tropieza con un mueble y grita, próxima á caer:)
¡Ciega! ¡Señor, que es mi hijo!
¡que no quiero que se vaya!

ESCENA XI.

Dichos, y MIGUEL.

MIGUEL. (Entrando alegremente.) Cárlos, al fin pudo ser...

D.ª ISAB. Miguel!

D. FERN. Buscas á tu hermano?
no le llames, es en vano!

MIGUEL. Cómo!

D. FERN. Ya no le has de ver!
acaso lejos de aquí!...
lee....

MIGUEL. (Tomando la carta y leyendo con rapidez.)
Mas esto qué indica?

D.ª ISAB. Que, Cárlos, se sacrifica
por nosotros, y por tí!
que quedo sin hijo!...

MIGUEL. ¡Oh!
quiere pagar mi extravío!

D. FERN. Sigue!

MIGUEL. Hermano, hermano mio!
tu cariño me engañó!
Y aquella calma mentida,
y aquel abrazo.... ahora infiero

que, era el abrazo postrero
de una triste despedida.
Y por mi causa, aquí están
mis padres llorando hoy:
¡este es el pago que doy
á tantos años de afan!
Pero eso no puede ser!

D.ª ISAB. Es verdad?

MIGUEL. No, madre mia;
yo se lo juro; seria
horrible.

D. FERN. Y qué vas á hacer?

MIGUEL. No sé: y viéndoles sufrir,
me dice mi angustia vana
que fuera una accion villana
quedarme, y dejarle ir;
que ni es justo, ni razon
que aquí por ningun pretesto
el huérfano ocupe el puesto
del hijo del corazon.
Yo iré, madre, y así espero
darles la dicha que invoco.

D. FERN. Irte tú?

D.ª ISAB. No, no: tampoco:
hijo, yo á los dos os quiero.

MIGUEL. Dios mio! y mientras, aquí
las horas perdiendo estamos;
quizás....

D. FERN. Aún será tiempo: vamos.

ESCENA XII.

Dichos, MARÍA, CÁRLOS y el SEÑOR DE LARA.

MIGUEL. Él!

D. FERN. Hijo!

D.ª ISAB. ¿¡Es mi Cárlos?

D. FERN. Sí!

CARLOS. Madre!

D.ª ISAB. Hijo de mis entrañas!

D. FERN. Dime....

D.ª ISAB. (Con los brazos estendidos, corriendo hacia él.)
Dónde, dónde estás?

CARLOS. Á su lado.
D.ª ISAB. Y... ¿no te irás?
CÁRLOS. Nunca, madre!
D.ª ISAB. Ay! que me engañas!
LARA. No; que mis ruegos oyó
Luís, y marcha en su lugar:
vuelve de nuevo á ocupar
el puesto que le cedió.
D.ª ISAB. Ah! ¿quién?...
D. FERN. El señor de Lara.
MIGUEL. La señorita María.
D.ª ISAB. (Bajo á Cárlos.) Ella! dí....
CÁRLOS. (Idem á su madre.) Ella, madre mia,
es el ángel que me ampara.
LARA. (Adelantándose.) Señora, aquí su placer
trocado en lágrimas vió,
porque en su duelo, creyó
que á Cárlos iba á perder.
D.ª ISAB. Sí!
LARA. Pues de su afan quizás
el cielo compadecido,
le vuelve el hijo querido,
y otro le envia además.
D.ª ISAB. Cómo!
MARÍA. (Acercándose con timidez.) Dice bien mi padre:
de mi existencia en la aurora
quedé huérfana, señora!
D.ª ISAB. Ah!
MARÍA. Quiere usted ser mi madre?
D.ª ISAB. Yo, yo!
MIGUEL. Cárlos!
CÁRLOS. No te asombres.
D. FERN. Qué es esto? soñando estoy!
CÁRLOS. Es, padre mio, que soy
el más feliz de los hombres.
LARA. Es, que cumpliendo este dia
del corazon el deber,
le acabo de conceder
la mano de mi María:
su dicha labro á la vez.. .
D. FERN. Es pobre....
LARA. Sé su pobreza,
pero más que la riqueza

vale siempre la honradez.
Y al unirlos á los dos,
ella gana, no os asombre:
el oro le adquiere el hombre,
y la virtud la dá Dios!
él venturosa la hará,
se la entrego de fé lleno,
que el que ha sido un hijo bueno
un buen esposo será.

D.ª ISAB. Un sueño se me figura!
en pos del dolor pasado
tal dicha! quién nos ha dado
tan impensada ventura?

LARA. Dios, que sus duelos prolijos
hoy por mi mano consuela·
Dios mismo, que siempre vela
por los que son buenos hijos:
tan justa felicidad
su eterna palabra abona,
pues son, la santa corona
de la lenta ancianidad.

D. FERN. Los hijos, los hijos, sí.

D.ª ISAB. Uno falta á nuestro lado.

D. FERN. Adela!

D.ª ISAB. Hoy ha derramado
el cielo la dicha aquí,
y de lágrimas no es dia:
si en cariño el rigor mudas,
ella....

D. FERN. Y eres madre, y dudas
que yo la perdonaria!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; ADELA, con el mismo traje del ACTO 1.°

ADELA. Ahora, padre... (Sorprendida.) Mas qué veo!
¡María!... ¡y él no ha partido!
¿qué es esto?

MARÍA. (Acercándose á ella con alegria y cariño.)
Adela, yo he sido....

ADELA. Usted!

MARÍA. Logré mi deseo.

ADELA. ¿Mas?...
MARÍA. Ya venturosa soy.
ADELA. Y él?
MARÍA. Cese su angustia vana,
que el dulce nombre de hermana
con razon á darla voy.
ADELA. Cómo! á creer no me atrevo!
MARÍA. Ya tranquila....
ADELA. Aun no, María.
(Acercándose á D. Fernando con timidez.) Padre....
D. FERN. Á qué vienes?
ADELA. Venia,
á implorar perdon de nuevo:
él mi locura corrija,
que arrepentida y temblando....
D.ª ISAB. Ven aquí· yo te lo mando.
ADELA. Madre, yo....
D.ª ISAB. Acércate hija.
(Tocándola con afan para convencerse que lleva su primer traje, y exclamando con alegría:)
Quiero ver si á mí te igualas;
(Á D. Fernando.) oh! mira, vuelve á ser nuestra;
de amor y respeto en muestra,
ha renunciado á sus galas.
ADELA. Padre.... solo su perdon....
D. FERN. Sea, y borre mi indulgencia
faltas de la inexperiencia,
pero no del corazon.
ADELA. (Á Miguel, con dulzura y cariño.)
Y tú, Miguel, lo pasado
olvida....
MIGUEL. Nada me cuesta!
D. FERN. Ven, que una jóven modesta
(Toma la mano de ambos y las estrecha con ternura.)
es digna de un hombre honrado;
mas recordando el dolor
que aquí turbó nuestra calma,
vé que las galas del alma
son el adorno mejor;
que solo de la mujer
la dulce mision serena,
consiste en ser hija buena
y ejemplo de madres ser;
y que en su santa quietud
feliz y bella se siente,
si escritas lleva en la frente
la bondad y la virtud.
Mas ese afan de brillar
que hoy á la mujer domina,
es, hija mia, la ruina
de la dicha y del hogar.

FIN.

OBRAS

DE LA MISMA AUTORA

QUE SE HALLAN TERMINADAS Y Á LA VENTA.



Los señores que quieran adquirir todas las obras d
a Sra. Lozano de Vilchez publicadas hasta el dia, pue
len hacerlo muy fácilmente, pues hemos buscado e
nedio de que las obtengan de una vez, y no tan pau
atinamente como seria repartiéndolas por entregas
sin tener, sin embargo, que desembolsar su importe e
el acto.

Todas las obras que componen la coleccion forma
cuatro tomos folio, con mil columnas de texto y treint
grabados, conteniéndose en ellos las novelas siguientes

TOMO I.—*Lágrimas del corazon.—Consuelo.—La pa
oma de los cielos.—La mision de una madre.—El nobl
y el mendigo.—Delirios de la ambicion.*

TOMO II.—*Buena hija y buena esposa.—La flor de
calle.—El lucero de la tarde.—Magdalena.—Culpa y
perdon.*

TOMO III.—*Guirnalda de la niñez.—El sueño de u
ángel.—Cecilia.—Juicios de Dios.—Una palabra per
dida.—Luz y tinieblas.—La lira cristiana, poesías.—E
ramo de violetas, idem.—Perlas y lágrimas, idem.*

TOMO IV.—*Juan, hermano de los pobres.*

El precio de los cuatro tomos es el de 160 rs., qu
os señores suscritores abonarán en ocho mensualida-
des correlativamente, recibiendo las obras, como hemo
dicho, al hacer la suscricion.

Los pedidos á nombre de la autora, Navas, 24.